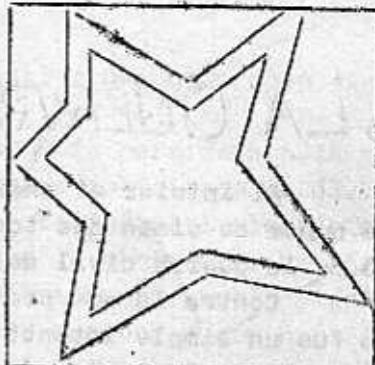


**BANDERA
ROJA**



Nº II BARCELONA

ENERO 1971

**LA
LUCHA
DE
CLASES
BAJO
EL**

**FRANQUISMO
1939-1970**

I. LA GUERRA CIVIL Y SU DESENLACE

Al iniciar el análisis de la formación social española no debe perderse nunca de vista que todos sus elementos están marcados por el hecho decisivo de la guerra civil de 1936-39.

Contra lo que pretende una visión superficial de lo mismo, esta guerra no fue un simple intento de las viejas clases reaccionarias de bloquear el desarrollo de la sociedad española manteniendo intactas las viejas estructuras. Fue eso y algo más, mucho más.

Debe decir también que la II República no fue tanto el continente efectivo de la revolución democrática-burguesa en España como una fase de su desarrollo trayectoria secular, en la que se abrieron grandes posibilidades para la acción de las organizaciones obreras y populares.

En realidad, la II República fue una solución transitoria en un momento de equilibrio de clases, cuando el bloque dominante había perdido su principal instrumento político -- la Monarquía -- y la clase obrera no estaba todavía en condiciones de tomar el poder por la vía revolucionaria. En aquellas condiciones, la burguesía pequeña y media se encontró con el poder literalmente en las manos, pero sin fuerza propia para dar solución a los grandes problemas del país. Lo realmente nuevo en que la fluida misma de la situación republicana permitió el libre juego en todas las fuerzas políticas y hacia aparecer a la superficie, con toda nitidez, las líneas fundamentales de la lucha de clases.

Para la clase obrera, concretamente, fue una gran ocasión para perfilar sus especies tácticas y estratégicas y poner a punto sus instrumentos revolucionarios. Era una situación propicia para avanzar rápidamente hacia la revolución.

Para el bloque dominante, en cambio, era una situación peligrosísima que hacía que atajar rápidamente recurriendo a la propia legalidad republicana, en caso de resultar ésta inviable para sus propósitos, utilizar su reservorio supremo: el Ejército.

El bloque dominante conservó intactas sus posiciones económicas y sociales. Hasta la guerra civil puede decirse que los gobernantes republicanos y socialistas no modificaron la estructura de la propiedad en el campo y en la industria. La vieja oligarquía terrateniente oponía su vía afectada por la Ley de Reforma Agraria y continuó siendo la fuerza decisiva del bloque dominante. Junto a ella, la burguesía industrial y financiera, que había apoyado una primera experiencia dictatorial con Primo de Rivera y había dado varios golpes por la vía del capitalismo monopolista, veía estimulada su agresividad por la crisis económica mundial. Para esta burguesía industrial y financiera, la defensiva a la que se vio temporalmente obligada por la caída de la monarquía, hacía todavía más urgente la necesidad de encontrar una solución política autoritaria que redujese al silencio a los cinco populares y permitiese una rápida acumulación de capital. La burguesía industrial y financiera era, pues, el factor más agresivo del bloque dominante y no tardaría en conseguir la hegemonía dentro de él.

Los campesinos y la pequeña burguesía no hallaban divididos. En las ciudades apoyaban, por lo general, la solución republicana e incluso encontraban fuerza en organización política propia en las nacionalidades periféricas con los partidos nacionalistas. En Cataluña, incluso llegaron a obtener un Estatuto de autonomía. En cambio, las clases medias de la España rural estaban más subordinadas a la influencia directa del bloque dominante y en algunas zo-

nas -- como Castillejo Viejo -- llegaron a suministrar una gran cosa de sangre para los nuevos partidos del bloque dominante.

En el terreno político, el bloques dominante había perdido progresivamente la dirección del Estado, para conservar sólidas posiciones en él. La alta administración, el personal diplomático, el aparato judicial seguían estando, por lo general, en las mismas manos que durante la monarquía. La Iglesia, el gran instrumento político-ideológico del bloque dominante, había perdido algunas de sus bases institucionales pero había subido manejarse con habilidad. No sólo se había desembolsado del incómodo cardenal Segura sino que había sabido aprovechar hábilmente el elemental anticlericalismo de los republicanos, de los socialistas y de los anarquistas para reforzar sus posiciones entre los capos medias del campo y hasta de la ciudad.

A su vez, el Ejército, reservó fundamental del bloque dominante, mantuvo casi intactas sus posiciones de fuerza. La reforma de 1931 apenas afectó a los cuadros monárquicos y fascistas. Y el bloque dominante aprovechó la primera escisión -- la subida de Gil Robles al Ministerio de la Guerra en 1934 -- para reforzar el potencial del Ejército y situar el frente del mismo a generales jóvenes -- como Franco, Goded y otros -- dispuestos a ir hasta el final en el aplastamiento de las organizaciones obreras y populares.

Naturalmente, el bloque dominante también aprovechó la libertad republicana para reorganizar sus instrumentos de acción política, sus partidos políticos y montar incluso un movimiento de masas en la España agraria y tradicional. Nos referimos a la Confederación Española de Derechos Autónomos (C.E.D.A.) dirigida por Gil Robles. El bloque dominante comprendió que, de momento, no podía combatir con la bandera de la restauración monárquica y aceptó el juego republicano para alentar el poder gubernamental y estructurar el movimiento obrero y popular.

Pero, al mismo tiempo, el bloque dominante tuvo en reserva otros instrumentos políticos para el caso de que fracasase -- como así ocurrió, en definitiva -- la vía parlamentaria de la C.E.D.A. Puede recordar grupos como Sociedad Popular, Palanca Popular y de los D.O.M.S., los Roquetas y, sobre todo, como ya hemos dicho, el Ejército. El bloque dominante atoró su confianza a la C.E.D.A. hasta las elecciones de febrero de 1936, ganadas por el Frente Popular. Cuando comprobó que por esta vía el poder se lo ocupaba de los demás, retiró su confianza a la C.E.D.A. y puso la defensa de sus intereses directamente en manos del Ejército. El 19 de julio de 1936, este inició el ataque decisivo contra la clase obrera y las masas populares.

Bien bien, si se observa el programa político de todos estos instrumentos del bloques dominante se comprueba que no pretendían únicamente restaurar el dominio político de lo vieja oligarquía burócratofascista sino que iban mucho más allá. Cierto que algunos sectores del bloques dominante así pretendían eso. Pero otros, que fueron los que acabaron prevaleciendo, afirmaban claramente su voluntad de impulsar el capitalismo monopolista y de ganar el Estado al servicio de este fin. Recuérdese que en los 27 puntos programáticos de la Falange se hablaba incluso de reforma agraria y que Dalí de Sotelo, el líder político más representativo del bloques dominante en aquel momento, ya se había rebeldado durante la dictadura de Primo de Rivera como el empeño del capitalismo monopolista impulsado por el Estado. La fundamental de este programa político era la reivindicación de un Estado fuerte, autoritario, que centralizase las decisiones económicas, redujese a la clase obrera a la impotencia mediante la violencia más desenfrenada y procurase una fortísima tasa de acumulación de capital frenando su centralización.

Para el bloques dominante la única cuestión residía en saber si esta tarea podría llevarla a cabo dentro del marco legal de la República, con un instru-

mento como la C.E.D.A., o si tendría que recurrir directamente a su gran reservorio político: el Ejército. Su opción dependería, en definitiva, de la extensión e intensidad de la lucha de clases y, más concretamente, de la combatividad organizada de los mismos obreros.

El proletariado español se encontró, al implantarse la II República, sin instrumentos revolucionarios adecuados. Sus representantes políticos eran el reformismo socialdemócrata del Partido Socialista Obrero Español (P.S.O.E.), que colaboraba con la pequeña y la media burguesía en el apantamiento del edificio formal de la República, o el anarcosindicalista de la Confederación Nacional del Trabajo y los grupos específicos de la Federación Anarquista Ibérica (C.N.T.-F.A.I.), combativos y heroicos en el enfrentamiento con la patronal para políticamente inoficiosas en la lucha por el poder del Estado.

Sin embargo, el proletariado aprendió a orientarse con mucha rapidez. Los grupos comunistas aumentaron espectacularmente en número e influencia. El Partido Comunista, que al proclamarse la República era un grupo sectorial y reducido, que seguía claramente la línea trotskista de "clase contra clase" bajo la dirección de Ballejas y Trillo, cambió de táctica y de grupo dirigente en 1932 con José Díaz, Dolores Ibárruri, Jesús Hernández y otros. Dentro del propio P.S.O.E. se acentuaron las tendencias revolucionarias y sus juventudes se acercaron a las juventudes comunistas, hasta culminar en 1935 con la unificación de ambas en la Juventud Socialista Unificada (J.S.U.).

En 1934 el proletariado libró su primer gran combate frontal contra el Estado (dirigida ya por la C.E.D.A.) en Asturias, fortaleciéndose así más las Alianzas Obreras y no tardó en arrostrar a importantes sectores de la patronal y la media burguesía a posiciones anticlericales y antifascistas con la formación del Frente Popular.

Como hemos visto, tras la victoria electoral de febrero de 1936, el bloque dominante procedió de la C.E.D.A. como instrumento político propio y confió directamente al Ejército la tarea de preparar el camino para el desarrollo del capitalismo monopolista.

La lucha de clases en España llegó entonces a su punto más alto. El bando dominante, apoyado por el imperialismo mundial y, en primer lugar, por la Alemania nazi y la Italia fascista, necesitó tres largos y cruentos años para vencer la resistencia mil veces heroica del pueblo español y del proletariado en particular. En las principales ciudades como Madrid, Barcelona, Bilbao, etc. se salió incluido el episodio revolucionario supremo de ver al Ejército derrotado por la clase obrera, premisa indispensable de la tesis del poder popular.

No vamos a entrar ahora en el análisis de las causas de la derrota final del proletariado. A este tema crítico dedicaremos próximamente un estudio especial, con el propósito de vincular la experiencia de entonces a los problemas presentes y futuros del movimiento obrero. Lo que interesa poner de relieve ahora es que la guerra civil se saldó con la derrota total del proletariado, con la destrucción física y política de sus cuadros e integrantes de lucha, forjada a lo largo de un ciclo de combates contra la burguesía, y con el fin de toda perspectiva revolucionaria a corto plazo. Sin tener en cuenta esta terrible realidad es imposible comprender lo ocurrido en estos treinta años de franquismo.

Por otro lado, el desenlace de la guerra civil significó no sólo el triste final del bando dominante sino el predominio en él de los secta-

cos más propicios al desarrollo del capitalismo monopolista. Cierto que una de las primeras preocupaciones del Estado franquista fue devolver la tierra a los propietarios expoliados durante la guerra civil. Poco lo decisivo para entender la esencia del nuevo régimen es su política de acumulación de capital sobre la base de la explotación intensiva de la clase obrera.

EL BLOQUE DOMINANTE Y EL ESTADO FRANQUISTA

1. LA POSTGUERRA INMEDIATA

La prisión que hizo el bloque dominante fue, en efecto, crear un Estado dictatorial que destruyese los instrumentos políticos y sindicales del proletariado, ausentase la explotación de éste, asegurase una tasa de acumulación de capital muy elevada y fomentase el desarrollo del capitalismo monopolista. Baséto mencionar algunas hechas significativas:

a) Se disolvieron todos los partidos políticos (incluso los de derecha) y se confió al poder al Ejército, concentrando todas las facultades en su jefe supremo, el general Franco, que fue nombrado al兼 vez Jefe del Gobierno, Jefe del Estado, Jefe de todos los Ejércitos y Jefe del Único partido político que se autorizó, F.E.T. y de las D.O.M.S.

b) Si se disolvieron los sindicatos obreros, se prohibieron las huelgas y se creó un "sindicato" corporativo directamente inspirado en el ejemplo fascista italiano al que se denominó Sindicato Vertical, en el que se encuadraba por fuerza a los obreros junto a sus enemigos de clase, los patrones, bajo el control directo de F.E.T. y de las D.O.M.S. La misión del "sindicato" vertical era asegurar la disciplina de la clase obrera para la explotación intensiva de que iba a ser objeto.

c) Se estableció autoritariamente la disciplina en el trabajo y el finido de escuelas. Toda aumento de salario tenía que ser decidido por el Estado.

d) Se protegió a la empresa privada y se fomentó la concentración y la centralización del capital, mediante las leyes de protección, defensa y ordenación de la industria (Leyes de 24 de octubre y de 24 de noviembre de 1939).

e) Se puso al Estado al servicio directo de la acumulación de capital, dedicando los cuadros públicos a la creación de sectores industriales que, una vez puestos en marcha, eran entregados al capital privado (tal es la finalidad del I.N.I., creado en 1941).

f) Dada la falta de otras fuentes de capital, esta acumulación se hizo exclusivamente a expensas de los trabajadores capitalistas, a los que se sometió a una explotación terrible. Para ello, el Estado liquidó todos los cuadros obreros (según las cifras suministradas por el historiador norteamericano Gabriel Jackson, el número de republicanos y obreros muertos en la zona franquista durante la guerra civil fue de 200.000 en cifras redondas y después de la guerra, entre 1939 y 1943, de cerca de 200.000). La inmensa mayoría eran cuadros políticos y sindicales y fueron ejecutados sistemáticamente por los franquistas y participó con mucha fiereza intento de reconstrucción de los sindicatos de clase y de

los partidos políticos del proletariado.

c) En el plano económico, aumentó trascendentalmente la tasa de plusvalía alargando la jornada real de trabajo a doce y catorce horas, reduciendo el nivel del vida mediante la contracción de los salarios y la elevación de los precios. Otro de los mecanismos utilizados fue la inflación acelerada que rebajaba constantemente el poder adquisitivo de la moneda. Tanto por la orientación nacionalista del nuevo régimen como por la situación mundial (se estaba en plena guerra) que no permitía pensar en grandes inversiones extranjeras, todo la acumulación de capital se hizo explotando a los trabajadores españoles, condonándoles al horro.

b) Gracias a esta explotación intensiva de la clase obrera se acumularon fortunas fáciles, aumentaron las ya existentes y surgió una burguesía monopolista muy vinculada al Estado, que se dedicaba exclusivamente a forced la explotación de los trabajadores y se preocupaba muy poco de mejorar su propia capacidad competitiva frente al capitalismo internacional.

i) También se desarrolló una gruesa burocracia estatal, en parte por el aumento de las funciones del sector estatal en el proceso de acumulación, pero en parte también por la necesidad política de contener con cañas represoras a la pequeña burguesía rural que había luchado al lado de Franco durante la guerra civil.

j) Todas estas medidas, que tenían como motivo general un fuerte protoperonismo aduanero y un riguroso control de cambios que eran fuente de una enorme corrupción, se bautizó con el nombre de sistema franquista. Por todo lo dicho, se comprende que el elemento decisivo de dicha autorupla sea la explotación sólida de la clase obrera con vista a la acumulación capitalista.

En el plano político, el Estado franquista operó con instrumentos bastante simples. Una vez liquidados los partidos tradicionales, se confió el papel de partido político principal al Ejército. En un plano secundario, F.E.T. y de las J.O.M.S. (el llamado Movimiento) se encargó de controlar a la clase obrera a través de los sindicatos verticales y de administrar cuerpos para la burocracia inferior del Estado. Algunos grupos confesionales y demócrata-cristianos colaboraron también como partidos políticos y vivieron incluse realizando su papel a partir de 1945, cuando el Estado franquista quiso huir de su bloqueo diplomático cuidando mejor las formas exteriores, pero complicar a las potencias imperialistas. No hay que olvidar, en efecto, que el bloqueo diplomático fue impuesto por la presión de la U.R.S.S. y de los países de izquierda de todo el mundo, que en aquel momento estaban en alianza. Las potencias imperialistas (los llamados países occidentales) querían proteger al franquismo y consiguieron convertir la crisis mundial en una simple retiraña de combate dorado. El franquismo contribuyó a propiciar la maniobra combinando a un demócrata cristiano (Miguel Arteijo) como ministro de Asuntos Exteriores y promulgando una declinación formal de derechos (el "Fuero de los Comunales"). El pronto establecido de la guerra fría permitió a los Estados Unidos dar por terminado el bloqueo diplomático y prorrogar de todos los escrupulos "comerciales" para incluir al franquismo entre los aliados del "mundo libre".

En el plano ideológico, la justificación del Estado franquista se basó en mitos de la Falange y de la Iglesia. Entre ambos administraron las bases ideológicas del régimen (corporativismo, nacionalismo centralista e imperialista, autoritarismo, religiosidad católica intranquista, culto al militarismo, respeto a las jerarquías tradicionales, dirigología). La Universidad, por

Ejemplo, se coincidió más como una fábrica de cuadros ideológico-políticos inspirados en los ideales falangistas y católicos que como un centro de formación de cuadros directivos y técnicos para el desarrollo industrial capitalista.

2. CRISIS DE LA AUTARQUIA Y NUEVO PERÍODO DE ACUMULACIÓN (1953-1962)

La ilusión política de autarquía entró en crisis al iniciarse la década de los cincuenta por una doble razón:

1º) Porque la clase obrera, una vez pasado los efectos del primer desacuerdo presentaba cada vez más resistencia a la explotación desenfrenada, aunque no había conseguido renovar sus cuadros políticos. A finales de los años cuarenta estallaron ya algunas huelgas en el País Vasco. Pero el acontecimiento más importante de la nueva situación fue la gran huelga de Barcelona de 1951, que paralizó la industria y la vida sindical durante algunos días.

2º) Porque el capitalismo internacional, bajo la égida de los Estados Unidos, había entrado en plena fase de recuperación y expansión y posicionaba sobre el capitalismo español haciendo cosa vez más difícil una política de autarquía.

Por otro lado, la política de neutralización capitalista había producido un cierto desplazamiento en el seno del bloque dominante. La vieja oligarquía turrantiana se orientaba cada vez más a invertir sus capitales en la industria y en las finanzas. Y el crecimiento de la industria había hecho surgir una burguesía monopolista, en parte ligada a la tradicional, en parte nueva, que quiso beneficencias de la expansión del capitalismo monopolista y deshacerse de muchos de los tristes burocráticos del periodo de autarquía.

El régimen franquista modificó para adecuarse a la nueva situación. Por un lado, se cercó al capitalismo internacional y abrió las puertas a la inversión del capitalismo extranjero. Seudórgase que en 1953 se firmaron los pactos con los Estados Unidos, mediante los cuales España se integraba en el mecanismo militar del imperialismo recibiendo bases aéreas y navales y los nocturnos enemigos y, por otro lado, se iniciaba el proceso de inversión de capitales norteamericanos públicos y privados en España.

Para este apertura al capitalismo internacional no llevó consigo ninguna modificación importante en los mecanismos políticos y económicos de la neutralización anterior. El Estado siguió funcionando como antes, los partidos políticos no cesaron, la burocracia falangista siguió cumpliendo sus funciones estatales y sindicales, los sistemas de extracción y reasimilación elaborado de plusvalía siguieron embotellados bajo el mismo patrón rudo y autoritario. Unicamente se intentó una leve rectificación en la política de formación de cuadros universitarios: fue la llamada liberalización del ministro Suárez Jiménez, que se intentó una mínima modificación conciliante de las anteriores estructuras, como si fuera posible inventar «equilibrio» en ellas «capitalista liberal».

Estas contradicciones desembocaron en la crisis política de 1954-57, en la que coincidieron una primera gran oleada de luchas reivindicativas de la clase obrera y las primeras manifestaciones del movimiento estudiantil antifranquista.

La crisis puso de manifiesto la imposibilidad de la burocracia falangista de manejar el Estado franquista del establecimiento. Por lo tanto, los sectores

ponentes del bloqu dominante rechazaron una solución basada en el incremento de poderes de la Falange (recuérdese el repudio unánime por parte de los grandes exponentes de la banca, de la industria, del Ejército y de la Iglesia del proyecto de Leyes Fundamentales presentado por el jefe del Falangista Arezo en diciembre de 1956).

Ante la imposibilidad de una solución "liberal" incapaz de controlar el caudillaje del movimiento obrero y de una solución falangista repudiada por los sectores hegemónicos del bloqu dominante, éstos últimos optaron como su partido político a un nuevo grupo, que se había preparado en la sombra durante años: el Opus Dei. Esta ofrecía la doble garantía de su integridad católica, llena de concepciones fascistas, y de su tecnocratismo. Aparecía a los ojos del bloqu dominante como el único grupo político capaz de enderezar la situación, nacionalizando los mecanismos del Estado, sin poner en duda los fundamentos político-militares del mismo. De este modo, en 1957 se formó un gobierno de militares y Opus Dei en el que los militares se encargaron de la política de represión del movimiento obrero (el general Alfonso Vega, por ejemplo, fue nombrado ministro de Gobernación) mientras los capitalistas se lanzaban a modernizar las estructuras administrativas del Estado y los mecanismos de acumulación capitalista.

El primer resultado de este político fue el Plan de Estabilización de 1959. Si bien se llevó a cabo con el apoyo financiero y el asesoramiento del capitalismo internacional y consistió en reestructurar los mecanismos públicos (créditos, cupos, divisas, fijación de salarios, etc.) y privados de la acumulación capitalista a expensas de la clase obrera, que vió brutalmente rebajado su nivel de vida y tuvo que optar entre la resistencia desorganizada o la emigración (fue entonces cuando se inició la emigración masiva hacia las puertas del Mercado Común). Uno de los objetivos centrales del Plan de Estabilización fue impulsar la concentración y la centralización del capital — es decir, el capitalismo monopolista — mediante la liquidación de las llamadas "empresas marginales" y al favorecimiento de las concentraciones capitalistas. Se crearon, con ello, las bases para la expansión del capitalismo monopolista, sobre la base de una explotación más intensa y refinada de la clase obrera y una mayor vinculación a los mecanismos del capitalismo internacional.

3. DESARROLLO MONOPOLISTA, AUGE DEL OPUS DEI E INTENSIFICACION DE LA LUCHA OBRERA (1967-1970)

Desde el punto de vista del desarrollo capitalista, el Plan de Estabilización fue un éxito, y sirvió las bases para una aceleración de la acumulación capitalista.

Pese a todos los progresos tomados (reforzamiento del aparato represivo con los tribunales especiales y la Ley de Bandojaje y Tercerismo) la resistencia de la clase obrera resultó superior a la represión y se manifestó con fuerza en las grandes huelgas de 1962. Como veremos más adelante, estas huelgas, iniciadas en Asturias, señalan el comienzo de un movimiento obrero que rompe, por fin, la corriente de fuerza del sindicato vertical y encuentra formas organizativas autónomas con las Comisiones Obreras.

Pese a la lucha de la clase obrera, el bloqu dominante, estrechamente vinculado al capitalismo internacional, consiguió impor ritmos elevados

de acumulación y de extracción de plusvalía. Entre 1958 y 1965, por ejemplo, la productividad en la industria aumentó un 114% y en la agricultura un 21,30%. La oligarquía mesura su éxito de otra, la consolación de los anárquicos, la inflación, al refinamiento de los métodos de control y de organización del trabajo en las fábricas fueron los grandes mecanismos de esta acumulación.

Al mismo tiempo, el bloque dominante aceleró la reducción quantitative de la pequeña propiedad en el campo y muchos miles de pequeñas propiedades agrícolas se trasladaron a las ciudades para engranar las filas del proletariado urbano e integrarse en el sector de servicios. También se impulsó la subducción de pequeñas empresas industriales y se fomentó la concentración y centralización del capital.

Todo este proceso dio lugar a grandes transformaciones de la sociedad española. El campo perdió peso específico en favor de la industria y del sector servicios. La población se concentró cada vez más en las grandes nubes industriales como Barcelona, Madrid y Bilbao y en otras ciudades de tradición obrera, como Zaragoza y Sevilla, mientras ciudades que parecían dormir en el campo, agricultura y ganadería, como Málaga, Pamplona, Valladolid, Huelva, etc., se transformaron en otras tantas nubes industriales. Pero al mismo tiempo, zonas industriales de tanto arraigamiento asturiano entraron en un proceso de regresión.

Estas transformaciones repercutieron, naturalmente, en la composición del bloque dominante y en sus alianzas de clase. La oligarquía financiera e industrial impuso su hegemonía, en detrimento de la vieja oligarquía agraria. Al mismo tiempo, el desplazamiento del centro de gravedad político y social hacia las ciudades obligó a la oligarquía a buscar un nuevo equilibrio que pudiera, esencialmente, por asegurarse la alianza (o la neutralidad, por lo menos) de las nuevas capas medias urbanas. La alianza con la burguesía y la pequeña burguesía parecía, en cambio, a un segundo plano, sin duda de constituir, no obstante, un elemento esencial del sistema.

Este desplazamiento del centro de gravedad del equilibrio político explica otro desplazamiento: el de la justificación ideológica del sistema. A partir de los años sesenta el esfuerzo se puso en falso en el cultivo de los viejos valores imperiales y religiosos como en la nueva mística del desarrollo y de la eficiencia idónea, del consumo como máxima aspiración, dirigida a la captación de las nuevas capas medias urbanas.

En la medida en que el Opus Dei conjuguaba en su doctrina el respeto al integranismo (uniones tradicionales) con el culto al desarrollismo y a la racionalización administrativa aparecía como el partido político más apto para encarnar los intereses de la oligarquía y obtener el apoyo a la neutralización de las capas medias del campo y de la ciudad.

En el plano político, este desplazamiento se tradujo en la adopción de la política llamada de "liberalización", cuyo punto culminante fue la Ley de Prensa de 1965. Pero esta liberalización fue acompañada de un incremento de la represión, ilustrada por los asesinatos del comendador Julián Grisau y de los anarquistas Francisco Gata y Gallego Martínez en 1963 y por la violenta represión de la media etapa huelguista en Asturias en julio del mismo año.

Este demuestra que el verdadero objetivo de la "liberalización" era agilizar los cauces de comunicación entre el bloque dominante y el Estado, preparar la conquista político-ideológica de las nuevas capas medias y fomentar la penetración del capital extranjero, la otra cara de la operación 62,

evidentemente, si se produciera la represión del movimiento obrero y sus vanguardias políticas, para evitar que la operación liberalizadora obtuviera un resultado al sonido de clase y se frustrase como tal operación.

Por otro lado, el proceso de concentración y centralización del capital esencia la expansión de la pequeña burguesía tradicional, expansión que se tradujo políticamente en el nuge del nacionalismo catalán y vasco (hasta recordar la oposición contra Galíndez en Cataluña), en la radicalización de ciertos sectores de la Iglesia y, hasta cierto punto, en la intensificación del movimiento universitario.

El problema básico del bloque dominante era llevar la operación liberalizadora hasta el final para abordar en buenas condiciones el postfranquismo. Para ello tenía que proceder a la eliminación sistemática de los restos de autorquife en el espacio económico y político, fomentar los mecanismos de integración y de organización del consentimiento, ligarse más estrechamente al capitalismo internacional y cerrar entre bases sólidas su alianza con las capas medias urbanas. El aspecto fundamental de esta operación política era la creación de un sistema de partidos políticos que permitiera el juego de todos los sectores del bloque dominante y sirviera para neutralizar y controlar las capas medias, y dejando en la reserva política al Ejército, como cesta última y no como partido político en primer plano.

Pero la oligarquía la gran incógnita era — y es — sin embargo el movimiento obrero. La oligarquía tiene — y sigue teniendo — que su fuerza política no sea suficiente para llevar a buen término la operación liberalizadora ante un posible estallido del movimiento obrero. Por eso sigue recuperando a la vez del Ejército y no se abreve a desarrollar el aparato del sindicalismo vertical, pese al freno que éste representa para sus propósitos.

Por otro lado, el Opus Dei no le ofrece garantías suficientes, ni cuenta FIDESZ ni debilitado su fuerza política para lo que, además, el Opus ha desempeñado más como fracción autónoma de la burguesía que como partido político de todo el sector hegemónico del bloque dominante. En vez de representar políticamente a éste, el Opus opera a través del Estado para desarrollar sus propios intereses económicos (industria, finanzas, etc.). Es un ejemplo típico de burguesía parcialaria.

A su vez, la falange ha sido totalmente desplazada de los espacios ejecutivos, pese a los esfuerzos de sus actuales jefes, como Rodríguez de Valcárcel y Fernández Pisoada, que intentan recuperar influencia a través del aparato legislativo-administrativo.

Y estos garantías ofrecen todavía los diversos sectores demócratas-crhistianos, desde la extrema derecha de la Asociación Nacional Católica de Propagandistas hasta la izquierda de "Guitarras para el Síntesis", pasando por los Centristas de Arizmendi, pese a los esfuerzos que hacen éstos últimos para apoyar la base de un control del movimiento obrero a través de sus acuerdos con el Partido "Comunista", es decir con el revisionismo.

La oligarquía va encerrada, pues, en un verdadero círculo vicioso. En la medida en que sigue recuperando al Ejército como partido político principal y en que conserva la hegemonía del sindicalismo vertical, el proceso liberalizador se complica y lo que pasa al primer plano es el aspecto represivo de su acción política. Para pasar del momento represivo al momento de la organización del consentimiento, necesita utilizar los sectores políticos y económicos y, sobre todo, la Iglesia, los capas medias urbanas. Pero en

temores sobre el riesgo de no controlar la operación y abrir una brecha en el edificio del sistema, por el que puede caerse un visitante sobre imprevisto.

Este afrecho vicioso se traduce políticamente en una serie de compromisos que llevan a un verdadero irrevulsivo. La expresión superior del compromiso es, seguramente la Ley Orgánica de 1967, que transforma el mecanismo liberalizador en un proceso lento y contradictorio de contención monárquica bajo la protección suprema del Ejército y deja sin resivir, entre otros, el problema de la alianza política con los capos medias urbanas. El proceso seguido por la Ley Sindical y el Estatuto de Asociaciones de Acción Política del Movimiento es otra expresión de este compromiso. Y lo mismo cabe decir de la Ley de Educación, en la que la organización del conocimiento y la formación de cuadros técnicos alcanzan un punto específico equivalente al de la represión y la formación político-ideológica en sentido tradicional.

La crisis de 1965-67 fue, al respecto, un serio aludón para el bloque dominante, que puso cordura a sus ualidades liberalizadoras y reforzó los mecanismos represivos, hasta culminar en el estado de excepción de 1969. Este último fue una verdadera operación "concedida" para mantener el equilibrio del sistema en un momento en que las dificultades económicas sacudían sus dimensiones internas. Pero, además, sirvió para preparar el terreno antes de proceder a una operación tan delicada como el nombramiento del sucesor de Franco y el cambio de equipo gubernamental. En todo caso, fue una demostración en que los "protendidos" "evolucionistas" carecen de iniciativa política propia y en momentos de dificultad prefieren dejar el terreno libre para que los llamados "ultras" en la línea de aduanas mediante la represión pura y simple. Con el estado de excepción se quiso tener las manos libres para acceder a las necesarias transformaciones sin el peligro de desbarcamiento de las masas trabajadoras y populares o, incluso, sin interferencias de los sectores políticos democráticos-liberales, .

El hecho de que el Opus Dei saliese victorioso de su duelo interno con la Falange y ocupase prácticamente todo el poder político no quiere decir, sin embargo, que el bloque dominante haya reconocido firmemente al Opus como su verdadero partido político. Significa, más bien, que los canales de comunicación entre el bloque dominante y el Estado siguen siendo rudimentarios e inadecuados para las necesidades del propio bloque dominante. De hecho, el Estado español opera con los mismos mecanismos de la etapa de neutralización de los años cuarenta y sus canales de comunicación con el bloque dominante apenas han variado. En cambio, el bloque dominante y sus necesidades políticas han experimentado considerables modificaciones. Esta confusión se traduce en irresbilidad, en perduración de instituciones fascistas, en predominio político de los sectores más retrogrados y autoritarios. En este sentido, el Estado franquista ha perdido un punto fuerte del bloque dominante en sus relaciones con la clase obrera. Pero es también un punto débil, porque reduce su margen de maniobras, distorsiona sus mecanismos de acumulación, impide una política ágil de alianza con los capos medias urbanas e impone una política de integración del movimiento obrero — como la que llevan a cabo los burgueses de más allá de los Pirineos — en la medida en que se convierte en inmediatamente política al choque entre partidos y obareas. En este sentido, bien puede decirse que la supervivencia del Estado franquista neutraliza la organización del movimiento obrero pero, al

menos tiempos, acelera el paso de la soviadicción acuerdos a la lucha política. Hechos como los de Escombreras y Granada son aclaramientos significativos, al respecto.

3 LA LUCHA DE CLASES ENTRE 1939-1970

LA POSTGUERRA

En la derrota de la guerra civil, el movimiento obrero y popular entró en una grave postguerra. La mayoría de los cuerpos políticos y sindicatos de la clase obrera habían perdido en el conflicto o en la persecución subsiguiente, se habían exiliado o cumplían largas penas de cárcel y en los campos de concentración.

En algunas zonas montañosas de Galicia, Asturias, Cantabria, Andalucía y Levante subsistieron núcleos minúsculos de guerrilleros en condiciones muy difíciles y en estrecho contacto con el grueso de la población.

En las ciudades, sólo el Partido Comunista y algunos grupos anarquistas intentaron reorganizarse y pasar a la acción, pero soon sistemáticamente aniquilados por la ferocia represión.

Sobre la clase obrera pesaba el enorme fardo de la acumulación recaudada de capital, de la depreciación de los salarios, de la inflación de la prohibición de huelgas, de la aniquilación de sus partidos y sindicatos, del régimen encarcelante en la disciplina de las sindicatos verticales, de la explotación más desenfada en nombre de los Intereses del capital monopolista. Fueron los años de hambre y de miseria, por un lado, y de enriquecimiento rápido y fácil por otro, con el estercolero, los favores gubernamentales, la corrupción, los empleos burocráticos, etc.

Por su lado, las élites medias se debatían en un mar de contradicciones. La pequeña burguesía rural de la zona franquista buscaba su recompensa en la cesión de cargos burocráticos en el Movimiento, el Sindicato Vertical o los múltiples ramales del aparato administrativo. El régimen procuraba, por lo demás, contentar a este sector social asegurándole una rentabilidad mínima en las explotaciones agrícolas. No es ésta el sentido del Servicio Nacional del Trigo y otros organismos creados de cara al campo. Estos espacios medianos constituyeron, pues, el sector social en que se apoyaba el bloque dominante para poder concentrar su ofensiva contra la clase obrera.

En cambio otras secciones de la pequeña y media burguesía fueron excluidas del sistema, de alianzas con el bloque dominante, más por razones superestructurales que por razones económicas. Tal fue el caso de la pequeña burguesía catalana y vasca y de amplios sectores de la burguesía media que, en general, se habían inclinado por la República durante la guerra civil y habían encontrado un cierto alivio político e ideológico propio con el anarcosindicalismo. Estos espacios también perdieron sus cuadros políticos e ideológicos tras la guerra civil, para no resultarlos tan disgregados como el proletariado, víctima principal. Su desorientación era absoluta. Durante la guerra, grandes secciones de la pequeña burguesía resultaron traumatisadas por la lucha de clases en la zona republicana y, sobre todo, por las experiencias colectivistas. De ahí su

orientación cada vez más reformista y pacifista, que encontró eco en la política del PS y del PSC. Al terminar la guerra, una política nómada de capitización por parte del Estado franquista habría hecho similar a estos españoles la situación con el bloque dominante. Pero en vez de esto, el franquismo aplicó a esta pequeña y media burguesía una política represiva y extrajudicialmente dura que afectó no sólo a las cuadras sino también a la zona industrializada. La prohibición del uso público de las lenguas catalana y vasca, la prohibición de todas las manifestaciones folklorísticas, hasta los más inocentes, las vejaciones de todo tipo, la estricta controlización de la administración, acorralaron por sumir a la burguesía pequeña y media en la mayor de las perplexidades.

Cierto que el régimen les ofreció una vía de escape con el extranjero y la inflación pero, por otra lado, la política de neutralidad reclinada de capital y su fomento de la concentración monopolista invalidaron los efectos integradores que aquella vía iba a pudiera tener.

2. LA OPOSICIÓN EN EL EXILIO

Fuera de España se reconstituyeron todos los grupos políticos republicanos e incluso intentaron forjar un símil de continuidad con el mantenimiento de las Cortes de la República y del Gobierno republicano.

El problema con que se enfrentaban todos los partidos era el de cómo plantear la lucha contra el régimen franquista, tras la terrible derrota. La mayoría de los partidos republicanos buscaban la solución en el exterior aleno, es decir, confiaban en que la derrota de Alfonso e Italia en la guerra mundial arrastraría consigo la caída del régimen franquista y que, por consiguiente, todo lo demás de la oposición socialista en torno a punto un acuerdo de reconciliación suficientes garantías a los aliados.

De este modo constituyeron dos agrupaciones, la Junta Superior de Unión Nacional, presidida por el PC, que se proponía unir todos los tendencias bajo un programa mínimo de restauración de las libertades democráticas y de elecciones constituyentes, y la Junta Española de Liberación, que agrupaba a socialistas, republicanos, nacionalistas y un sector de anarquistas. El primer caso difiere en límito a presentar la espera del final de la guerra y sólo confiaba en la ayuda aliada, la Unión Nacional veía la necesidad de ilinear la lucha en el interior de España y de fomentar las acciones guerrilleras y las revindicaciones. La Unión Nacional era, en las nuevas condiciones, la continuación de la línea política más correcta: la del Frente Popular.

A finales de 1944 los republicanos, los socialistas, los anarquistas, crearon un órgano más articolado, la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, que se proponía presentar una alternativa global al franquismo, al margen de los comunistas. Era, de hecho, la alternativa democrática-burguesa.

Por otro lado, al acercarse al final de la guerra se generalizaron las actividades guerrilleras en España, a cargo del PS y de algunos sectores libertarios, hasta culminar en septiembre de 1944 con la invasión del Valle de Arán (Lírida), y en el enfrentamiento directo con un fuerte contingente militar franquista.

El fracaso de este acción guerrillera y el clima internacional existente al término de la guerra motivaron el acercamiento de los diferentes grupos. Los socialistas, por ejemplo, renunciaron a la Unión Nacional e ingresaron en la

Gobierno Nacional de Fuerzas Democráticas.

Por otro lado, los monárquicos también jugaban la carta de la oposición, esforzándose por separarse ante los ingleses y norteamericanos como la única garantía de neutralidad del capitalismo en España tras la caída del franquismo. Esto es el sentido del famoso telegrama dirigido por el pretendiente Juan de Borbón hijo de Alfonso XIII a Francia desde Lourdes en 1944 y, sobre todo, de su manifiesto de marzo de 1945.

Poco consolidada su posición, un sector monárquico entrebió negociaciones con la A.R.F.D., procurando entenderse con los socialistas y aliarse a los comunistas. Este maníobra tuvo éxito gracias al clima general de guerra fría que se llevó en ese momento sobre el mundo y que si, por un lado, consolidaba el régimen franquista, por otro permitía aliarse todavía más a los comunistas.

En 1947, el PSC se retiró del gobierno en el exilio para reagruparse con los monárquicos y los entrevistados entre el socialista Indalecio Prieto y el monárquico Gil Robles culminaron en el acuerdo de San Juan de Luz, en el que se prevéía un referéndum-consulta para que el electorado español decidiese el régimen de su preferencia. Poco al mismo tiempo, Juan de Borbón se entrevistaba con Franco en el yate "Acor", jugando varios cartas a la vez según los intereses de la política norteamericana.

La guerra fría consolida el franquismo, pese a las duras sanciones plásticas de la ONU y a la reticencia de sus aliados porque lo que interesa, sobre todo a los Estados Unidos, son garantías de anticomunismo. Y el franquismo las da de forma enteramente. Esto consolidación provocó el hundimiento de la oposición en el exilio que no encontraba más modo que ofrecer a los partidarios yanquis. Estos, simplemente, habían preferido el "pájaro en mano" del franquismo, sin importarles lo más -salvo el programa de libertades democráticas que socialistas y monárquicos ofrecían como plataformas salvadoras.

2. DE LA GUERRILLA A LA POLÍTICA DE RECONCILIACIÓN NACIONAL DEL PC

Por su parte, el movimiento guerrillero del interior se encontraba en una situación desesperada. Tras la derrota de 1944-45 en los Pirineos se habían perdido las posibilidades de aplicar las bases guerrilleras. Además, la represión franquista es clara e implacablemente sobre la población de las zonas de actividad guerrillera para crear un clima de terror que impidiese la colaboración de dicha población con los guerrilleros. Fue la llamada "controguerrilla". Según datos facilitados por la propia Guardia Civil, el número de guerrilleros muertos o capturados entre 1943 y 1952 fue de unos 5.000 (en cifras redondeadas) y el de desaparecidos en el concepto "adúlteros" y "aniquilados", de unos 20.000. La punto máximo de las acciones guerrilleras se situó en los años 1945, 1946 y 1947. Por otro lado, las guerrillas encauzaban dificultades con un proletariado urbano terriblemente explotado y falso de cuadros militares.

En cambio, en los centros industriales tradicionales se observaban ya los primeros signos de reacción del movimiento obrero por cauces que no dejan que ver con los guerrilleros. Así, por ejemplo, el 1 de mayo de 1947 protagonizó la primera huelga de la postguerra en Vizcaya, en la que participaron 12.000 trabajadores, el 1 de mayo de 1948.

Todo esto hizo sorprender a los dirigentes del P.C. la necesidad de proceder a un cambio táctico. En consecuencia se procedió a retirar las guerrillas y se reorientó la lucha contra las organizaciones legales existentes y, concretamente, dentro de los propios sindicatos verticales. La idea era que para movilizar a la clase obrera había que acudir a donde los trabajos se encontraban realmente, aunque fueran organizaciones concebidas originalmente para explotarlos férreamente. El trabajo en las organizaciones legales daba servicio para llegar a los maestros y movilizarse frente a estos organismos legales, mejor dicho, frente y contra éstos.

La huelga general de 1951 en Barcelona fue el primer gran indicio de que los tiempos estaban cambiando. Hasta cierto punto, la huelga de 1951 fue el último acto de la guerra civil, en el sentido de que los frentes políticos que intentaron encuadrar el movimiento de las masas populares barcelonesas eran los restos del período republicano. Pero, al mismo tiempo, la huelga de 1951 fue el comienzo de una nueva etapa, porque en ella participaron miles trabajadores nuevos, formados en las durísimas condiciones de explotación de los años cuarenta. La huelga de Barcelona fue una explosión en la que se mezclaron las viejas y nuevas motivaciones. Para unos, era un acto de protesta política ~~contra~~ la dictadura que había ganado la guerra civil. Para otros — los más — era un grito de desesperación ante las tremendas condiciones de explotación a que los sometían el bloque dominante y su Entendido. Con la huelga de 1951, las masas hicieron su primera gran apariación despotrillada y combativa en la lucha política. Los restos de los antiguos partidos obreros resultaron desbaratados y mientras una desaparición del todo otros, como el P.C., intentaban una profunda recuartería de su táctica y su estrategia. En todo caso, se entraña en una etapa en la que iban a aparecer nuevas fuerzas y nuevos aliados. En ese sentido, bien puede decirse, pues, que la huelga de 1951 en Barcelona fue el último acto de la guerra civil.

Como se ha dicho más arriba, los pactos de 1953 entre el Estado franquista y los Estados Unidos abrieron una nueva fase en el proceso de acumulación capitalista. La llegada de capitalista extranjero, con lo consiguiente vinculación de España a las vicisitudes económicas y políticas del capitalismo internacional (ingreso en la ONU, bases militares americanas en nuestro país, llegada de turistas, etc.) reveló que el sector político y económico del régimen, nacido para los años de la primera acumulación se adaptaba mal a la nueva situación.

Para hacer frente a la dependencia internacional que se agravaba, el capitalismo español se veía forzado a aumentar las tasas de acumulación e inversión, lo cual quería decir, intensificación de la productividad del trabajo, inflación acelerada, política de inversiones dirigida por el Estado. El I.N.I. pasó a ocupar un protagonismo pleno en la economía española, siempre en el sentido de favorecer la concentración y centralización del capital y de desarrollar los sectores que el capital privado no encontraba rentables a corto plazo. De este período date la creación de empresas como ENSEDESA, por ejemplo.

Se inició, pues, un período de acumulación intensiva y de desarrollo tumultuoso, caótico, mal dirigido por un aparato estatal concebido para otras necesidades. Naturalmente, el peso de la coerción recaía en las espaldas de la clase obrera, a la que se quisieron imponer unas bases de disciplina cada vez más estrictas, controladas por un régimen militarizado (control estricto de salarios,

influencia, impuestos indirectos, represión política, etc.) con los nuevos y más refinadas de las resistencias anárquicas de productividad. Pero la acumulación y el desenfado capitalista modificaron notablemente la composición cuantitativa y cualitativa de la clase obrera. Así, por ejemplo, entre 1950 y 1955 la población activa en la industria pasó de 2.700.000 personas (en cifras redondas) a 4.400.000. Esto significa un intenso movimiento migratorio, con las consabidas secuelas de huerquismo, superexplotación, bajos salarios, etc.

Este clero obrero en formación, de procedencia campesina, violentamente explotada, ignorante, sin embargo, a entrar conciencia de su fuerza y de sus posibilidades revolucionarias. En la medida que avanzaba la concentración monopolista, la clase obrera no sólo aumentaba en número sino que se encuadraba en unidades de producción que le ofrecían grandes posibilidades organizativas.

Pero, al mismo tiempo, carecía casi totalmente de dirección política. Una parte de las antiguas cuadras de la CNT optó por el compromiso con los mandos falangistas del sindicato vertical, mientras los antiguos líderes socialistas y republicanos se hubiesen si remedio en el exilio, a la espera de una ayuda extranjera cada vez más ilusoria. El PC, por su parte, se orientaba lúcidamente hacia la elaboración de una línea política global que tuviese en cuenta los nuevos datos de la situación. Poco a algunos excepciones, puede decirse, poca, que el movimiento obrero se orientaba espontáneamente hacia un enfrentamiento revolucionario contra el sistema sin dirección política establecida.

La crisis latente estalló en 1956-57 tras un proceso de inflación galopante, de bujío de la peseta y de aumento brutal de los precios. En Navarra, en el País Vasco, y en Cataluña se iniciaron, en 1956, una serie de huelgas que se prolongaron en 1957 con el boicot de transportes en Barcelona y Madrid. El Gobierno reaccionó, por primera vez, a la defensiva y pactó un aumento de salarios del 27%, que resultaba de todos modos insuficiente para satisfacer las aspiraciones de los sectores.

Este característico de la crisis es que lo que hubo fusionó coincidió con una profunda crisis universitaria culminada en las manifestaciones anti-falangistas de Madrid en febrero de 1956 y en las huelgas de la Universidad de Barcelona a finales de 1956 y comienzos de 1957. El movimiento universitario era confuso pero se caracterizaba por un rechazo inconfundible al repudio total del sindicato fascista (el S.E.U.) y la aspiración a una apertura liberal. Tal era el sentido de las manifestaciones de Madrid y de la Asamblea del Femenino de Barcelona, en febrero de 1957. Todo ello era, a su vez, el reflejo del cambio general de la situación del país, que plantaba unas exigencias a la Universidad que ésta no podía satisfacer con su estructura anquilosada.

Como ya hemos dicho, la crisis se saldó con un cambio político importante: el desplazamiento de Falange y la entrada en el gobierno de un nuevo partido político: el Opus Dei.

Pero la lucha obrera y universitaria puso de relieve la existencia de una nueva oposición liberal formada por tránsfugas del franquismo, como Adrívano o Laín Entralgo y por jóvenes intelectuales de reciente formación, muchos de ellos procedentes del catalanismo.

Esta oposición se distingue de la anterior por un rasgo fundamental: nació surgida en el interior del país y era producto de la evolución interna del

sistema. Así surgieron nuevos siglos políticos, como el Partido Social de Acción Democrática (P.S.A.D.) de Ríos Rosado, la Unión Demócrata Cristiana (U.D.C.) de Jiménez Fernández, la Acción Socialista Universitaria (A.S.U.), que intentaba reciclar la línea del P.S.O.E., y el Frente de Liberación Popular (F.L.P.) formado esencialmente por intelectuales católicos radicados. Entre todos formaban una oposición débil y poco estructurada, de contenido esencialmente demócrata liberal, pero a los radicalismos verbales de algún grito. Pero no dejaban de constituir un sistema revulsivo de la nueva situación.

El Partido Comunista, el único que había estado cosa tal en la brecha desde el primer momento, experimentó un serio crecimiento organizativo y capitalizó las carencias de su política de trabajo en las organizaciones de masa. Su V Congreso, celebrado a comienzos de 1954, alzó una línea política que intentaba recoger las enseñanzas de la lucha y que no tardó en recibir el nombre de política de reconciliación nacional. Su línea muestra esa que habla que dar por terminada la guerra civil y partir de la realidad existente, tras quince años de franquismo. Esto se interpretaba como el instrumento político directo de una reducida minoría de monopolistas que habían conseguido el desarrollo económico del país y precipitado a todos los españoles en la ruina. Se trataba, por consiguiente, de unir a todos los perjudicados por la oligarquía y concientizar todos los esfuerzos en el derrocamiento del Estado franquista, olvidando la línea divisoria de la guerra civil. El secreto de la política de reconciliación nacional es que intentaba hacer converger en un mismo movimiento antifranquista la lucha obrera y popular y los tentativos burgueses de liberalización.

Con estos límites políticos, que interpretaba correctamente algunos datos de la nueva situación pero erraba sustancialmente — como vemos más adelante — en la interpretación del Estado franquista y del tipo de desarrollo económico habida hasta entonces, el PC se lanzó a la tarea de arrancar un movimiento obrero espontáneo que cada vez apujaba con más fuerza.

5. CRISIS, ESTABILIZACIÓN Y DESARROLLO CAPITALISTA (1957-1963)

El aumento de salarios de 1957 no detuvo el movimiento reivindicativo de la clase obrera. En marzo de 1958 estalló una oleada huelgística en Asturias que el régimen intentó atajar suspendiendo varios artículos del Fuero de los Capitanes, concretamente los que hacen referencia a la libertad de residencia, a la inviolabilidad de domicilio y a la detención arbitaria. En la misma primavera de 1958, se produjo convulsión casi todo el sector metalúrgico de Barcelona y se extendió a Guipúzcoa y Vizcaya (donde paralizó el gran complejo de Altos Hornos).

El Estado franquista respondió intensificando la política represiva. La ley de 22 de enero de 1957 estableció la suspensibilidad colectiva en caso de huelga. El 24 de enero de 1958 se creó la Jurisdicción especial para asesinatos extrajudiciales, el ministro tribunal del coronel Syner. Asentaron los detenidos, la condición de dirigentes comunistas y otros antifranquistas.

Pero, al mismo tiempo, el Opus Dei expandía la política de reestructuración administrativa del aparato estatal y de los mecanismos económicos

del sistema y preparaba la plena integración en los circuitos del capitalismo internacional. En 1954, el Estado franquista entró en la OEE, en el Fondo Monetario Internacional y en el Banco Mundial para la Reconstrucción y el Desarrollo, órganos de acción del gran capital norteamericano. Entre 1957 y 1958, se dictaron una serie de leyes para reorganizar la Administración del Estado y las relaciones de ésta con los organismos parastatales. Para encuadrar la reforma y fijarle unos límites precisos y estrictos, Franco promulgó el 17 de mayo de 1958, la Ley de Principios Fundamentales del Movimiento, que viene a ser el código de normas, "poderosas e inalterables por su propia naturaleza" que deben cumplir todos los funcionarios y hombres políticos del sistema.

Riostros tanto, la oposición supaba por encontrar una línea justa y clara en calidad a la situación. En el exilio, los socialistas y los republicanos se basaban cada vez más en el pentado de los pactos y declaraciones (entre el llamado Acuerdo de París, de abril de 1957) dirigidas a un inexistente protector americano. Los monárquicos creían entonces su hora y si, por un lado, debían simpatizar a Franco y el pretendiente confiaba a este la adhesión de Juan Carlos, por otro sus prohombres creaban un organismo de partido autónomo: la Unión Española, fundada en enero de 1959 bajo la dirección de Gil Robles.

El Partido Comunista, consciente con su interpretación de la realidad, se lanzaba a organizar grandes acciones interclasistas contra un Estado que trajo caídas y en pleno descomposición. La Jornada de Reconciliación Nacional del 5 de mayo de 1958 y la Huelga Nacional Pacifica del 18 de junio de 1959, fueron otras tantas frases de esta línea. El P.C. pone si acanta en la movilización de todos los sectores contra la dictadura, a base de una intensa propaganda y de acuerdos por arriba con los grupos liberales de oposición. Con ello descuidaba totalmente la organización concreta de la clase obrera y sacrificaba este tarea prioritaria a un hipotético acuerdo con unas fuerzas que representaban muy poco y que, además, aprovechaban las ofertas del P.C. para atribuirse más peso del que tenían en realidad. La Jornada de 1958 y la Huelga de 1959 fueron, por lo demás, una clara muestra de cómo concebían los dirigentes del P.C. la lucha contra el franquismo. En vez de precipitar la reconciliación entre la clase obrera y de enfocar las acciones generales como la culminación de una serie de luchas organizadas, lanzaban consignas agitatorias que no lograron avanzar en nada el nivel de organización y de combatividad de los masas populares. Se prefería la movilización-testimonio a la organización de la clase obrera y a la formación de ejércitos políticos en la lucha.

A su vez, el FLR, formado por católicos radicalizados y estudiantes cruceños, proponía una línea totalmente revolucionaria que quería situarse a la izquierda del P.C. Era un grupo que encapta de la más rígida base marxista-leninista y, en realidad, llevaba a cabo una política social-demócrata. Su análisis encubría todavía menos que el del P.C. porque no sólo comparaba el nivel de conciencia revolucionaria del proletariado en aquellas circunstancias y no tenía en cuenta poco más la fuerza real del Estado ni las modificaciones ocurridas en el bloque dominante, sino que apenas tenía ninguna vinculación efectiva con la clase obrera.

Contra el régimen conservó la debilidad de la oposición y su incapacidad para unir a los sectores de trabajo en un punto de enfrentamiento directo con

el Estado, se llevó a su operación más avanzada: el Plan de Estabilización.

El objetivo del Plan de Estabilización era eliminar algunos de los conflictos económicos y administrativos que impidían la total vinculación de la economía española con el capitalismo internacional. Se trataba de reducir y agilizar el aparato burocrático, frenar la concentración y la centralización del capital, eliminando empresas marginales y abrir mejor las fronteras al capital extranjero. La operación se cargó, esencialmente, sobre los espaldas de la clase obrera y, en menor grado, sobre las de la pequeña burguesía y el campesinado. De bisquetería los salarios, aumentó el peso (que se enjugó en parte forestal) la explotación al extranjero: fue entonces cuando empezó la emigración masiva a los países del Nordeste (Rusia), se restringieron los créditos bancarios, se redujo el consumo interior, se reestructuró el sistema monetario, se elevó la peseta fijando una paridad única (50 pesetas por dólar) y se fomentó la exportación de productos agrícolas y la importación de maquinaria. Todo ello con la ayuda directa del capitalismo internacional, el americano sobre todo.

La posición principal de la oposición era, como hemos visto, comprobar que los fueros de oposición eran incapaces de poner en marcha un gran movimiento de masse. Pero el Estado franquista se percibió todavía año pasando a punto una serie de nuevos instrumentos represivos. En junio del mismo año 1959 se promulgó la Ley de Orden Público, y la actividad de los dirigentes represivos aumentó, golpeando sobre todo a los comunistas (como S. Sánchez Cantarell) y también a militantes del P.I.P. y a las fuerzas anarquistas. Según el propio Vicecomisariado de Ordenación Social, los salarios reales de los trabajadores afectados por la supresión de horas extras se habían reducido un 23%.

En general, la oposición fue incapaz de levantar a los trabajadores contra la estabilización y la represión. Hubo algunas acciones de tipo terrorista, que la dictadura repridió implacablemente (ejecución a garrote vil de Antonio Abad Domínguez acusado de terrorista, en marzo de 1960, por ejemplo). Un grupo de 339 sacerdotes valencianos hizo pública una carta contra las torturas y la censura, y los monárquicos de Cíl. Robles pressionaron a Juan de Borbón para que se deshiciera del Estado franquista. El PC, el PIP, el PSOE multiplicaron sus declaraciones contra el régimen; un grupo republicano-anarquista, el Diálogo Revolucionario Ibérico de Liberación (D.R.I.L.) intentó montar artificialmente una serie de acciones espectaculares, que no tuvieron ninguna repercusión. En estas condiciones, el Plan de Estabilización resultó un éxito para el bloque dominante y éste pudo esperar una nueva fase de acumulación económica, con métodos más refinados de extracción de plusvalía (aumento de la productividad, desarrollo de los bienes de consumo duradero, inversiones extranjeras, turismo, promoción inmobiliaria, etc.).

Para aumentar su margen de maniobra, el Estado franquista había iniciado una revisión crucial de los mecanismos sindicalistas de encuadramiento de la clase obrera. La Ley de Comisiones Colocativas de abril de 1958 fue la expresión más clara de este cambio de política. Hasta entonces, el sistema de bisquetería de los salarios se basaba en las Reglamentaciones de Trabajo dictadas por el Ministerio de Trabajo. A partir de 1958, se quería que fuese la propia patronal la que negociara con los trabajadores la política de salarios, aunque conservándose el Estado al control supremo de la negociación e imponiendo, en caso de acuerdo insalvable, las llamadas Normas de Obligado Cumplimiento.

En un primer paso hacia una política de gastos más sutil y ágil y, por lo mismo, más integradora (que lo suyo en lo tanto de los gobiernos franquistas). Esto daría, sin embargo, que esta política tardó en penetrar en marcha realmente. En 1959, sólo se celebraron 7 convenios colectivos, que afectaron a un total de 18,547 obreros. Y cuando en 1962 experimentó recientemente un gran salto (1.538 convenios que afectaban a 2,316,413 obreros) fue por otras razones, como veremos más adelante.

El P.C. y los demás grupos de oposición reaccionaron contra la ofensiva patronal y estatal con medidas inadecuadas. El P.C. llevó hasta sus últimas consecuencias su política de oprimación de los colectivos populares y de novillización indiscriminada de los mismos, creando la Oposición Sindical Obrera (O.S.O.), que se concebía como una especie de contrainsidicato en el interior del propio sindicato franquista. En la mayoría de los casos coincidía con la propia organización del D.C., sin conseguir más que una verdadera movilización de los mismos obreros. La contradicción básica de la Oposición Sindical era que tenía un carácter exclusivamente político y casi nunca intentó llevar adelante una verdadera lucha reivindicativa en la empresa. Por su parte, los restos avivados de las viejas centrales sindicales (UGT, C.N.T., Solidaridad de Trabajadores Vascos), que no representaban ya nada y que sólo subsistían como simples alianzas por un anticomunismo visceral, crearon un organismo totalmente artificial, la Alianza Sindical Obrera (A.S.O.), que sólo logró algún leve apoyo entre viejos trabajadores del Puffo Unión.

Estos mismos grupos, junto con los restos de partidos socialdemócratas y republicanos del exilio, crearon otra organización unitaria fantasmagórica, la Unión de Fuerzas Demócraticas en junio de 1961, cuya finalidad era aislar a los comunistas para conseguir un bipartidismo y casi ver más lejano favor en las potencias imperialistas.

El F.L.P. por su lado, se configuró como un grupo de tipo federativo, con una organización vasca (F.S.B.A.) y otra catalana (F.O.C.). El triunfo de la revolución castrense en Cuba brindó todo nuevos argumentos a este grupo que pretendía aplicar a España más o menos lo mismo táctico que había dado la victoria a los guerrilleros cubanos. Lo cierto es que el precomitán verbal del F.L.P. tuvo como función principal desarrollar el anticomunismo, presentando la revolución cubana como la demostración de que los partidos comunistas no sirven como instrumentos para hacer la revolución. En realidad, el F.L.P. nunca intentó poner en práctica sus posiciones insurreccionalistas y guerrilleras. Por eso las Organizaciones Frontera no tardaron ante la prueba de los hechos.

5. EXPANSIÓN MONOPOLISTA Y DESARROLLO ESCALAFÓN DE LA CLASE OBRADEA (1962-1967)

5.1. El surgimiento de Organizaciones Frontera

El año 1962 señala el comienzo de la gran expansión monopolista y del desarrollo impetuoso de un importante movimiento obrero.

La tasa nacional que hasta entonces había fluctuado en torno a índices de aumento anual más bien bajos, experimentó un brusco salto escalante en 1962, con un 10'1% de aumento respecto a 1961. La aceleración continuó hasta 1966 (7'3% de aumento) para experimentar una brusca contracción en 1967 (2'8%), ala

de crisis.

El proceso de concentración monopolista avanzó rápidamente en la siderurgia, el sector energético, en la banca. El Estado franquista favoreció voluntariamente este proceso, con una política de fomento de la concentración, de creación de polos de desarrollo, de construcción de empresas nacionales, de gestión directa de empresas no rentables, de reestructuración de ramas tradicionales (como el textil) en sentido monopolista.

La penetración del capital extranjero experimentó también un gran salto adelante. Las intervenciones libres, que podían alcanzar el 25% del capital de las empresas se permitieron hasta el 50% y en 1963 se abolieron prácticamente todas las limitaciones.

Se inició el boom turístico que se fundó en concentrarse en la balanza comercial para financiar la importación de bienes de equipo y equilibrar las balanzas de pagos altamente deficitarias. Tercero desarrollarse un importante papel de los remesos de los trabajadores españoles en el extranjero: el régimen militar, así, dio piezas de un tipo: redactó un plan que lo habría podido causar grandes conflictos y anajugaba el déficit de la balanza comercial.

Hubo, incluso, una cierta expansión internacional del capitalismo español, dirigido preferentemente a América Latina y a los países árabes. Era, en realidad, la integración del capital español en la división capitalista internacional del trabajo.

En base de este crecimiento era, evidentemente, la explotación intensiva de la clase obrera. Se trataba que hubo un avance considerable de los intercambios en maquinaria y en tecnología moderna, pero lo esencial era la intensificación de los ritmos productivos (receta sistémico de los tiempos, perfeccionamiento de los sistemas de primas e incentivos, etc.). Mientras la productividad aumentaba a un ritmo acelerado, los salarios reales se incrementaron únicamente en mucha menor proporción. Y si sumatigian con énclaves por la lucha de la clase obrera.

Al mismo tiempo, operó un cambio fundamental en la estructura de las fuerzas productivas. Concretamente, la agricultura (que en 1950 todavía representaba el 41,7% de la fuerza de trabajo) operó un salto de vez en cuando transformando el primer lugar al sector industrial, y pronto incluso al segundo al sector servicios. Esto significaba una acelerada desplazación del campo (por emigración interior y exterior), una concentración masiva de trabajadores en unas cuantas zonas industriales, con todos los problemas de alienación, de transporte, de adaptación a nuevas formas de vida, de crisis de mentalidad que esto comportaba. La emigración campesina afectó básicamente a jornaleros agrícolas de las zonas latifundistas (Andalucía, Extremadura), lo cual permitió reestructurar el trabajo en el campo en sentido capitalista (por ejemplo, creación de grandes explotaciones agropecuarias), el tiempo que aumentó la oferta de mano de obra en las zonas industriales.

En abril de 1962, este situación desembocó en una gran oleada de huelgas que marcó el comienzo de una nueva fase del movimiento obrero en España. La oleada comenzó en Asturias y en pocas días se extendió como un rayo por todo el país: hasta alcanzar 60.000 mineros en todos los sectores salitreros. Pronto desbordó el foco inicial y se generalizó a la mayoría de sectores mineros de todo España.

oso) fue escrita con un lockout patronal que desembocó a su vez en un vasto movimiento de solidaridad obrera en el sector metalúrgico del País Vasco, hasta un total de 30.000 obreros.

La huelga se produjo, aunque más débilmente, en otros puntos del país, como Cataluña, Madrid, Cádiz (Sazón) y Segundo (Altos Hornos), y así lugar a ciertas acciones de solidaridad entre los estudiantes de Madrid y Barcelona.

Fue la primera gran huelga de rezao en la historia del régimen franquista, que dada intentó mantener con una dura represión. El 4 de mayo decretó el estado de excepción en Asturias, Vizcaya y Guipúzcoa y al amparo de esta situación detuvo a cientos de obreros y deportó a muchos de ellos (la mayoría jefes de oficina).

El resultado principal de la gran huelga estatal de 1962 fue la ruptura del bloqueo de salarios. Así, por ejemplo, para la entidad intransigente del gobierno, una parte de la patronal se vino a negociar directamente con los trabajadores, al margen del sindicato vertical. Esto fue el segundo gran resultado de la huelga: la creación espontánea de un principio de organización autónoma de la clase obrera, al margen del sindicato vertical. Esta organización autónoma surgió en forma de comisiones de fábrica y de sindicatos constituidos sobre la marcha por iniciativa de los trabajadores. Su núcleo inicial fueron las asambleas de empresas y su misión era dirigir la acción reivindicativa, negociar directamente con la patronal y orientar la lucha en todo momento. En la mayoría de los casos, estas comisiones eran transitorias y se disolvían una vez alcanzados los objetivos fijados, pero en otros permanecían como órganos de dirección efectiva de la clase obrera en sus lugares de trabajo. Los miembros de estas comisiones eran, generalmente, los obreros más abnegados y de mayor nivel político. La mayoría eran militantes comunistas y católicos, pero en algunas zonas tuvieron una cierta participación los miembros del P.R. e incluso de la U.G.T. Pero junto a estos militantes surgieron numerosos cuadros obreros de nueva planta, revividos en el fuego mismo de la acción.

Así surgió el movimiento de Comisiones Obreras que pronto se concibió por el PC como un movimiento abierto y unitario que debía agrupar a obreros de las más diversas tendencias (incluidos falangistas apuestos al régimen). Debió extenderse a todos los sectores y unificarse mediante una serie de acuerdos de coordinación, sobre la base de un programa mínimo reivindicativo y democrático.

La nueva oleada de huelgas de 1963, iniciada también en Asturias, reforzó este orientación, que no tardó en plasmarse con la creación de Comisiones Obreras en los principales centros industriales del país y concretamente (aparte de Asturias y el País Vasco) en Madrid, Cataluña y Sevilla.

Ahora bien, las Comisiones Obreras creadas de este modo adolecían de un defecto importante más que el resultado político de un movimiento espontáneo de la clase obrera, era la importancia de formas de organización surgidas en condiciones muy particulares, como las de Asturias y el País Vasco. Esto, en sí, no constituye ningún defecto puesto precisamente, la tarea de la organización política del proletariado consiste en proponer las formas de organización y lucha que en cada momento están más adecuadas al nivel de conciencia de los mismos, para impulsar su desarrollo. El defecto radicó en que a partir de esta importancia del movimiento de Comisiones no se lanzase una lucha reivindicativa en las empresas que vinculase a C.O. con las mismas. Al no existir otra autorización, los C.O. se confundieron con los aliados militantes en los gru-

pos políticos, con lo consiguiente reproducción en su seno de las luchas políticas e ideológicas de estos grupos. Que estas luchas existen es natural y normal. Pero no si se libran al margen de los masas, dentro de organismos más o menos artificiales, donde terminan degenerando en lucha de esquilistas.

Por lo demás, los C.O. tomaron rápidamente, bajo la influencia del P.C., una orientación democrático-liberal que no era más que la transposición, a nivel de la clase obrera, de la plataforma democrática y antifranquista de la posición de reconciliación nacional (libertades democráticas, Jurado de huelgas, sindicato, comisión, acuerdo de agencias, etc.). Esto, que en principio podía ser válido en la medida que reflejara el nivel real de conciencia y de organización de la clase obrera, era, por el contrario, una opción cuestionable de la dirección PC de las Comisiones que veía a éstas como un movimiento socio-político y no como el embrión de un sindicato de clase. Para el PC, los Comisiones Obreras eran una parte de un gran movimiento interclaseista contra la dictadura en el que el movimiento, precisamente, tenía más importancia que la organización autónoma del proletariado. De aquí la tendencia a llevar la lucha de C.O. dentro de los cauces del sindicato vertical, que era una forma de crear una oposición sindical democrática y de llamar, eventualmente, a la substitución del sindicato vertical por un sindicato democrático de trabajadores.

En la óptica de los dirigentes del PC la reducción de C.O. a un movimiento antifranquista, integrable en una vasta coalición de fuerzas opuestas a la dictadura, ligaba perfectamente con su visión estratégica y táctica general. Pero, de hecho, equivalía a situar en segundo plano el problema fundamental de la organización autónoma de la clase obrera y a frustrar las únicas posibilidades abiertas con el estallido espontáneo de 1962. En la práctica, el movimiento de C.O. se convirtió en un elemento marginal dentro de una política general de alianzas antifranquistas a corto plazo. Más que a organizar la clase obrera, los dirigentes de C.O. se dedicaron a promover asociaciones abiertas, a buscar la legalidad y a sentarse en mesas redondas con los dirigentes de la oposición burguesa.

Cierto que en algunas lugares -- en Madrid y Sevilla, concretamente -- los C.O. consiguieron en un primer momento y al amparo de la desorientación provocada en el propio Estado franquista por el estallido de la oleada huelguística, algunos éxitos espectaculares. El reconocimiento de un instrumento legal, como era la Ley de Convivencia Colectiva, permitió importantes asociaciones sociosindicativas y fue la palanca decisiva para la ruptura del bloqueo de soberano. Pero la insistencia en estas formas de lucha dejó demasiados flancos abiertos. Y cuando el Estado franquista desencadenó la represión contra C.O. éstos resultaron terriblemente vulnerables.

Así, por ejemplo, la participación casi abierta de los dirigentes de C.O. en las elecciones sindicales de septiembre-octubre de 1966 como tales dirigentes de C.O., con el programa de éstos por delante, cuando se había iniciado ya la crisis económica de 1966-67 y el bloque dominante estaba pasando a una fase de endurecimiento en su política de controlación, facilitó tremedalmente la represión franquista. Al régimen le bastó perseguir, constituir y encarcelar a los dirigentes de C.O. que habían ocupado los cargos de alcaldes y jefes de empresa para desbaratar al movimiento.

En Barcelona y demás centros industriales de Cataluña en, quizás, donde

más evidentes resultaron las limitaciones de la concepción democrática-liberal de C.O. En su implantación intervinieron no sólo el P.C.-PSUC y el F.O.C. (la rama catalana del F.L.P.) sino también grupos sindicalistas católicos como el S.O.C., la H.G.A.C. y la J.O.C. que desempeñaron, al principio, un papel bastante importante y marcaron el movimiento de Comisiones Obreras con su impronta.

Todos los grupos políticos catalanes se sintieron fascinados por la experiencia del movimiento universitario, con su organización por Facultades y sus órganos de coordinación que culminaron con la desfracción del sindicato fascista (el S.E.U.) y la creación del Sindicato Democrático de Estudiantes. El sistema de asambleas abiertas y delegados elegidos democráticamente practicado por los estudiantes se traspuso suavemente a la lucha obrera y sirvió de modelo inspirador para la organización del movimiento de Comisiones Obreras.

Estos se convirtieron, pues, en una serie de órganos formados esencialmente representativos y muy poco arrebatados en los grandes empresas. Los C.O. participaron en estos sectores con los dirigentes de la oposición burguesa catalana, también pertenecientes a organizaciones de tipo democrático-liberal, como la del IL de septiembre, organizadas entre culturales de tipo democrático-liberal, etc. La lucha principal de sus militantes se centraba en el control de los órganos forzados y los grupos políticos se oponían a golpes de mayorías y minorías y de Coaliciones Nacionales que mandaban más que las técnicas y las locales que mandaban más que las del Pazo. Sólo en algunos casos -tal vez los C.O. consiguieron poner en marcha y dirigir acciones obreras de clara mayoría, y más por la actividad propagada de sus militantes que por las directivas de sus órganos coordinadores.

8. Reacción política de la nueva media y nueva política de alianzas del bloque dominante.

a) La pequeña burguesía y las nuevas estrategias

La explosión del movimiento obrero radicalizó los problemas de todos los sectores de la sociedad española.

La pequeña burguesía tradicional, encuadrada sobre todo en Cataluña y el País Vasco, donde cuenta con una cierta tradición política e ideológica propia al nacionalismo, fue una de las víctimas del Plan de Estabilización. La restructuración de críticos, la reducción del poder adquisitivo de la clase obrera, la presión tributaria y el fomento de la concentración monopolista precipitaron a este pequeño burguesía en una situación realmente agustiana, que agudizó un proceso de irremediable decadencia.

Este sector se expresa políticamente a través del Nacionalismo. De ahí la reactivación a partir de 1960 de los planteamientos nacionallistas que en Cataluña tuvieron represiones políticas, como la campaña contra el director de "La Vanguardia", Collsaga, y el acto del Palacio de la Música en 1960. En Euzkadi, el movimiento nacionallista adquirió tonos más violentos porque entre la pequeña burguesía exasperada y el Estado no se interponía una burguesía reformista, capaz de hacerse concebir ilusiones. En Cataluña, en cambio, este burguesía reformista, no ligado directamente al Estado y capaz de hacer planteamientos modernistas y europeístas hacia concebir a la pequeña burguesía catalana como una entidad de oportunidades de desarrollo, de perspectivas sin

nacionales. El nacionallismo se convierte entonces en la racionalización, en la expresión ideológica de esta ilusión en la fuerza transformadora de la burguesía no franquista.

Sistémicamente apareció con gran fuerza en la escena política un nuevo factor, cuantitativamente importante y difícil de encuadrar. Nos referimos al resto a informe conglomerado de nuevas capas, esencialmente ligadas al desarrollo de la economía urbana (industria y servicios) y que, a falta de otra terminación mejor, designamos con el nombre de capas medias urbanas.

Entre ellas debe incluirse elementos tan diversos como los pequeños empresarios industriales que van a raíz de la propia concentración monopolista (cripactarios de empresas familiares y de talleres especializados, por ejemplo) y que en algunos casos han conseguido incluso vincularse directamente al capital extranjero; los técnicos y ejecutivos del resto sector de la distribución comercial y de los servicios (publicidad, bienes de consumo duradero, etc.); los miembros de las profesiones liberales, que están en pleno proceso de reconversión hacia el régimen socializado pero que no se pueden confundir ni mucho menos con la élite abierta; los sectores desvinculados por el aprovechamiento del turismo y por la especulación inmobiliaria; la gran masa de técnicos y funcionarios de grado medio e inferior, etc.

En breve, dicha que estas capas medias urbanas forman un conglomerado difícil de reducir a un común denominador. Dentro de ellos cabe distinguir sectores irremediablemente vinculados al bloque dominante, otros susceptibles de integrarse en el bloque popular y otros, en fin, que pueden ser políticamente neutralizados por una buena línea tática-stratégica de éste.

Pero todos comparten algunos rasgos políticamente muy importantes. La mayoría provienen de la pequeña burguesía tradicional e incluso de la clase obrera. Su "descenso" social se ha producido en el marco de la expansión monopolista y son muchos los miembros de estas capas que se sienten identificadas con los valores ideológicos que presiden dicha expansión (europeísmo, tecnocentrismo, desarrollismo, etc.) y que en algunos casos llegan a planteamientos neoliberales. En Cataluña y en el País Vasco este "descenso" es, a la vez, un proceso de diferenciación social respecto a una base occulta inadecuada, es decir, proveniente de todo contexto social y cultural..

Este hecho que dichas capas medias constituyen un indudable caldo de cultivo para el nacionallismo, en la medida en que su "ascenso social" se identifica con la diferenciación cultural y étnica social.

Poco, al mismo tiempo, estos sectores se han visto privados, por la existencia del Estado franquista, de canales de expresión política e ideológica propia que permita darles una sensación de estabilidad. La política de "littoralización" carece por objeto, entre otras cosas, activar esa vía de expresión política de las capas medias, pero sus límites son tan natales que sólo en muy escaso punto consiguen el mencionado objetivo.

De ahí la misma contingencia política e ideológica de estas capas medias urbanas, que en parte son susceptibles de civilización antifranquista y en parte son intérpretes de el sistema por su agudo sentido de diferenciación étnica y por su receptividad a planteamientos interculturistas, como el del nacionallismo.

La presencia política de la pequeña burguesía tradicional y de las nuevas capas medias se manifiesta no sólo en forma de acciones políticas explícitas

nento nacionalistas sino también en forma de reafirmación cultural, como lo demuestra el suyo espectacular de la nueva conciencia popular ("Noua Encyclopédia") y de las editatrices en lengua catalana.

Pero las opciones políticas y organizativas del moviniente son muy poco claras. Y aunque autoridades religiosas como el Abad de Montserrat o obispos laicos como algunos de los nuevos grupos nacionallistas surgidos en Cataluña por los comienzos de los años sesenta, intentaron dar un mínimo de coherencia política al estallido, éste jugó prácticamente en la pura indigencia ideológica. En el País Vasco, un cambio, el nacionallismo de la pequeña burguesía adoptó de entrada formas más radicales, como las del movimiento E.T.A., que lo llevaron a enfrentarse violentamente con las estructuras represivas del régimen franquista.

En general, puede decirse que la acción política de la pequeña burguesía y de las capas medias urbanas es ambigua. Por un lado, los planteamientos nacionallistas la llevan a un enfrentamiento con el Estado, que sigue aferrado a valores tradicionales de controlismo y de nacionallismo católico-imperial. En este sentido, el nacionallismo impide que el bloque dominante mantenga políticamente a la pequeña burguesía y a las capas medias urbanas y, en consecuencia, impide la propia consolidación política del bloque dominante. Es una contradicciónesa de que el Estado franquista obstaculiza la operación del bloque dominante consistente en asegurarse la alianza de las capas medias para la transición a un tipo de Estado menos directamente represivo que el actual.

Por otro lado, el carácter interclaseño de los planteamientos nacionallistas hace que las capas medias y la pequeña burguesía puedan ser puestas al servicio a ramales de sectores burgueses — cosa los entienden — que no conocen del franquismo para asegurarse posiciones de fuerza en el futuro inmediato.

Dicha de otro modo, el nacionallismo puede ser un catalizador de las inquietudes de la pequeña burguesía y de las capas medias urbanas y un factor de desequilibrio que mina la consolidación del bloque dominante. Pero también puede ser una gran arca del bloque dominante para consolidar su alianza con las capas medias y, sobre todo, para aislar políticamente al proletariado.

a) El movimiento universitario.

En el año, 8 de G.R. publicamos ya unas "Tesis sobre el movimiento universitario" en las que definímos el papel político del movimiento universitario y hicimos una breve historia de su desarrollo. A ellas nos remitiremos.

Pero a modo de rotundo aviso que la Universidad ha sido una de las marcas ideológicas del Estado que ha entrado primero en crisis. La Ley de Ordenación Universitaria de 1943 creó una Universidad concienciamiento dedicada a difundir valores corporativos. Era más un espacio difuso de principios doctrinales de la Iglesia y de Falange y un espacio de formación de minorías tradicionales que un instrumento de creación de cuadros técnicos para el desarrollo monopolista. La acumulación saqueada de capital se hace a base de una tremenda explotación de la clase obrera, con escasos contactos con el capitalismo internacional. Por ello el bloque dominante — en el que todavía tanto pesa los sectores de la oligarquía terrateniente y en el que influye grandemente la alianza con las capas medias rurales de la España con-

tral -- no existió una necesidad urgente de fomentar cambios técnicos ni de racionalizar los servicios administrativos y se contentó con una Universidadcfgida y minoritaria, dominada por la Iglesia y la Falange. Esta última se encargaba del control poltico-represivo de los estudiantes a través del sindicato fascista Unica y obligatorio, el S.E.U.

A partir de la década de los cincuenta la situación -- como hemos visto -- empezó a cambiar y, en consecuencia, llevaron nuevas exigencias sobre el mundo apertu universitario. En un primer momento, se intentó satisfacer estas exigencias "liberalizante" al funcionamiento de la Universidad, pero sin modificar sus estructuras: fue la llamada experiencia liberal del ministro Ruiz-Jiménez, que acabó provocando un enfrentamiento entre los falangistas del S.E.U. y los estudiantes y profesores liberales en Madrid y Barcelona (1956-57).

A partir de entonces se inició un movimiento universitario fuertemente antifranquista pero que no superó en ningún momento los límites de un espíritu liberal avanzado. Tras la destrucción del S.E.U. el movimiento universitario culminó con la experiencia del Sindicato Democrático de Estudiantes máximo expresión, a su vez, de una política de respuesta liberal e interclasista a un Estado que se presumía clásico y ultranacionalista. La Asamblea del convenio de los Catedráticos de Geria (Gerencia), celebrada en marzo de 1956, fue el punto más alto de la acción del Sindicato Democrático, pero al mismo tiempo fue el comienzo de su decadencia irremediable por el juego conjunto de dos factores: la represión (que se ejercía fácilmente sobre un movimiento abierto y vulnerable) y el cambio de ideación del propio bloque dominante que impuso a promover para que el Estado adoptara una política más flexible y creara una Universidad más ampliada a las exigencias de la nueva fase de capitalismo monopolista.

La reforma universitaria con la sustitución del ministro Lera Turoya por Vilas Palau y aprobada por el Epus Del iba a culminar con la aprobación y puesto en marcha de la Ley de Educación de 1970, bajo la protección de la fuerza armada.

Però lo cierto es que la acción conjunta de la represión y del reformismo apuñaló hasta los estudiantes en la desorientación.

Tras el fracaso del Sindicato Democrático algunos grupos reaccionaron inesperadamente con posiciones extremistas o liberalistas; otros siguieron insistiendo en la vía muerta del Sindicato Democrático. La mayoría entraron en una fase de estancamiento.

Hasta el curso 1960-61 no se inició un cambio de táctica que permitió superar el estancamiento. En parte bajo la influencia de los hechos de mayo de Francia, y en parte por la comprensión política del cambio estratégico impuesto por el bloque dominante, surgió en la Universidad de Barcelona un nuevo movimiento, la Unión de Estudiantes Revolucionarios (U.E.R.) que buscó un nuevo tipo de respuesta. Esta consistió no tanto en propagar la inserción liberal en un Estado fascista siéndolo síms en confrontarse directamente con este Estado a nivel resquible para la mayoría de los estudiantes. Se trataba, un definitiva, de visir los malentendidos más débiles del Estado, allí donde los estudiantes establecían un contacto directo con él, es decir, en la propia Universidad. Y no con fin de reforma liberal de ésta, sino con fin de ruptura con algunas de las principales operaciones ideológicas del Estado. La inauguración de

tejísticas, la ocupación de edificios, la no aceptación de los autorizados estómicos, la consumo abierto de los valores ideológicos del sistema y de las fiambres que los difunden y encarnaban eran otros tantos aspectos de este enfrentamiento directo con el Estado.

Un movimiento de estos características no podía ni debía tener una organización parlamentaria como lo fue Sindicato Democrática. Los Comités de Acción eran más informales pero mucho más agiles y menos burocráticos. Permitían un contacto estrecho entre la vanguardia y la mucha estudiantil y aficionadas a la represión.

Frontal a este lisen los grupos vanguardistas del grupo P.C. Integración que pretendieron forzar la situación con acciones minoritarias de tipo violento, como el asalto al Rectorado de la Universidad de Barcelona, en enero de 1969. Esta acción extrema precipitó la represión y dejó al terreno libre para que el revisionismo volviese a levantar cabeza y para que frente a él resurgiesen un extracción infantil, cada vez más verbalista y aislado, como el de los Comités de Huelga Estudiantil (C.H.E.) que pretendían nada menos que abolir la Universidad sin antes abofetear al Estado.

A mediados del curso 1969-70 resurgió el movimiento universitario, no sin una fuerte dosis de confusión, manteniendo la lucha contra la presencia de la policía en las facultades. Pero esta lucha es libre — y es libre — en un contexto sómnito complicado, pues mientras el bloque dominante intenta impedir la reforma tecnocrática de la Universidad bajo la protección de la policía, algunos de los sectores más tradicionales de la Universidad se oponen a ella en nombre de criterios retrogrados. Esto obliga al movimiento universitario a actuar con gran agilidad para superar las contradicciones creadas por la soñata en curso. Y para ello necesita formas organizativas igualmente agiles y espontáneas, que le permitan incidir con fuerza en los puntos más débiles del sistema, sin perder de vista que el combate político en la Universidad es libre en el terreno de las capas medias y pequeño-burguesas. La gran importancia política del movimiento universitario no debe residir tanto en su fusión directa con el movimiento obrero sino en la corrupción política con éste, frustrando la alianza política del bloque dominante con las capas medias, barroca que no termina en un cuadro ni en unos años sino que se permanente a lo largo del proceso revolucionario español.

c) Los intelectuales

La expansión monopolista y el vagallido espontáneo del movimiento obrero provocaron también una desorientación profunda entre los ilustrados intelectuales progresistas o comprometidos.

Hasta la década de los sesenta estos intelectuales habían cultivado una cultura "resistencialista" que se basaba en una falsa apreciación de la naturaleza del Estado franquista. En su fondo del resistencialismo había la idea de un Estado en decomposición que sólo se mantenía por el peso de la represión y que se tardaría en soltar un pedacito por la acción conjunta de todos los olores y capas lesionadas, encabezadas por el proletariado. La cultura de oposición cultural, poca, de denuncia de la dictadura y de reivindicaciones democráticas-liberales.

Los acontecimientos de 1969 revelaron brutalmente a los intelectuales

una doble realidad: por un lado, comprobaron que el Estado franquista podía protagonizar una política de expansión monopolista (cosa que, por lo demás, no había dejado de hacer desde el primer momento); por otro lado, vieron que el estallido del movimiento obrero se producía completamente al margen de él, sin posibilidades inmediatas de conexión. Aunque los intelectuales más dantardos intentaron establecer esta conexión con una inserción más política en la lucha (como las cartas de protesta por las torturas de que eran objeto los miembros asturianos a él apoyado declarada a los estudiantes del Sindicato Democrático), pronto sospecharon que este inserción era insuficiente porque expugnaba una reacción como tal por los únicos destinatarios que la podían dar sentido: los obreros. En cambio, les aparcía a una represión por parte del régimen, que no encontraba compensación alguna en el terreno inmediatamente político.

En mayor medida optaron por refugiarse entonces en una oposición de tipo cultural que los situaba directamente en el terreno escogido por el Estado y en el que eran particularmente vulnerables por su distinción.

El abandono de unas posiciones resistencialistas desfasadas dio lugar, como es natural, a una profunda desorientación. Cada cual buscó más como pudo: en el fernandismo literario, en el humor negro, en el marxismo "turcónista", en el populismo. Muchos descubrieron entonces las virtudes del desarrollismo y la sociología estructuralista-funcionalista. Otros abandonaron pura y simplemente el terreno.

En Cataluña, el fenómeno resistió características particulares para coincidir con el silencioso movimiento de exasperación de la pequeña burguesía. Los intelectuales catalanes encontraron en el cultivo de las letras catalanas una base social, un público (pocoñío burgués, principalmente) que no tenían o no tenían apenas los intelectuales de allende el Ebro y con el que podían establecer un contacto bastante directo. Además, esa preferencia política y administrativa que pesaban sobre el desarrollo de la cultura catalana (que tanto frenaban y frenan la consolidación de la alianza del bloque dominante con las nuevas capas media urbanas) daban a la inserción en esa actividad cultural un contenido apasionista, resistencialista que anñazaba con el susostenimiento anterior y daba una cierta ilusión de continuidad.

Esto explica el boom editorial, el desarrollo sociocultural de la Nova Escola y el florecimiento de actitudes comunísteras. Políticamente, la ilusión resistencialista arraiga muy ligada al desarrollo del movimiento universitario y tuvo su culminación en la ya citada Asamblea de los Capuchinos de Sarrià, de 1960, cuando los intelectuales llegaron a protagonizar una actividad política casi autónoma en forma de manifestaciones de calle, junto a sectores pequeños-burgueses.

A partir de entonces, se inició el desenso y la progresiva ruptura del comunismo. Parece de uso se hablará más adelante.

d) La Iglesia

El cambio de situación afectó, naturalmente, a la Iglesia, uno de los pilares ideológicos y políticos del Estado franquista, como vínculo.

La aparición de fenómenos contestatarios en el seno de la Iglesia (visible, por ejemplo, en hechos como la muerte de los 369 aguardados vascos contra los métodos de la policía, en 1961; la ayuda prestada por capuchinos y jesuitas al movimiento universitario y la participación de sacerdotes en las mo-

vinientes nacionalistas vasco y catalán) tiene, sin embargo, un carácter ambiguo.

Por un lado, es un signo evidente de conciencia de ruptura de la rigidez disciplinaria. La Iglesia, sólidamente estructurada en una jerarquía dura y bien articulada, había sido punta por sus dirigentes al servicio políticos e ideológicos del Estado franquista. Su tarea específica era el control de los aspectos ideológicos, en división de funciones con la Falange.

La Iglesia cumplió su función sin demasiados problemas, hasta que el bloque dominante propuso o exigir no ya la difusión únicamente de los viejos valores tradicionales -- los únicos que manejaba la Iglesia católica -- sino tradición, y profetizamiento, la difusión de valores nuevos, tecnocriticos y desarrollistas con vistas a la alianza con las capas medias urbanas. La Iglesia no estaba en condiciones de cumplir esta función, por lo menos de modo inmediato.

Las reformas de Juan XXIII y de Pablo VI, sus encíclicas y el Concilio Vaticano II estaban destinados, precisamente, a poner a la Iglesia en condiciones de asumir su papel ideológico en las nuevas condiciones sin perder la hegemonía. La Iglesia española, como se sabido, se adaptó mal a las reformas y su jerarquía superior resultó perfectamente incapaz de dar a todo el aparato eclesiástico el cambio que se le exigía.

Para impedir este cambio era indispensable, pues, impugnar la jerarquía, romper la disciplina interior, sin llegar in ruptura a límites inconcebibles con el funcionamiento general del aparato. De ahí que suelen los encrucijados constitucionales inauguren la jerarquía en nombre del espíritu conciliante fuese extremadamente difícil saber cuál era su *objetivo político real* (concierto o inconcierto).

En muchos casos, esta impugnación no era más que la exigencia de adoptar la Iglesia a las nuevas tareas políticas e ideológicas que le asignaba el bloque dominante en pleno proceso de expansión monopolista.

Sólo en ciertas cosas la impugnación se daba a una opción clara e inequívoca de ruptura no ya con el franquismo sino con el sistema capitalista. Y estos ciertos casos se venían cada vez más reduciendo porque la mayoría de los veces se presentaban en un repejo monolingüista que oscurecía por confundir totalmente las cosas.

Lo mismo sobre decir de los movimientos propiciados por la Iglesia en el seno de la clase obrera, como la H.D.R.C. y la J.O.C. Pofitivamente hablando, estos movimientos no iban más allá de una alternativa liberal al sindicalismo vertical. Se encuadraban conscientemente en el sindicalismo reformista y de mejor de las veces llegaban a coincidir con un PC cada vez más lanzado por la vía del reformismo.

6. DE LA CRISIS DE 1966-67 A LA ACTUALIDAD

a) Reactivación del Movimiento obrero y reconstrucción de Comisiones Obreras sobre bases más sólidas.

La expansión monolingüista siguió adelante, aunque con graves contradicciones. Ya vienes que los comunismos políticos del bloque dominante no estaban -- ni están -- bien ajustados y que su alianza con las capas medias protegida por la rigidez del aparato del Estado, que la impidió fundar, por ejemplo, el pro-

blana nacionalista.

Por otro lado, la neutralización política del proletariado, objetivo supremo del bloque dominante, quedaba mal asegurada, como habrá constatado el 26 de enero de 1962 y la operación subsiguiente de Comisiones Obreras.

En el seno del bloque dominante aparecieron los primeros intentos de controlar a la clase obrera por medio de mecanismos integradores, pasando la represión directa a un segundo plano. Tal era el sentido de hechos como la oferta de fondos a C.O. por parte de instituciones financieras católicas o la propuesta de hombres representativos de la burguesía catalana de unirse directamente con E.O.

Pero las apremiantes necesidades de acumulación de capital con vistos a la integración en el Bloque Carlista, y el comienzo de la crisis de 1966-67 inclinaron la balanza en favor de los que sostienen que el mayor control del movimiento obrero seguía siendo la represión pura y simple. Como viene ya, estos contradicciones del bloque dominante se resolvieron en el pleno político con el compromiso de la Ley Orgánica de 1967, nulidad por la farsa del referéndum del 14 de diciembre de 1966 que Portafoglio la posición personal de Franco frente a la oposición y en relación con el bloque dominante.

Primeros esenciales para el éxito del compromiso era la liquidación de las bases organizativas autónomas de la clase obrera. Ya vimos que tras las elecciones sindicales de septiembre-octubre de 1966, C.O. se había convertido casi en un sindicato paralelo, casi un verdadero contrainsidicato, por lo menos en algunos puntos del país, como Madrid.

El 27 de octubre de 1967, estos C.O. paralelos hicieron una demostración de fuerza política con la llamada "Jornada Nacional" lanzada por los C.O. de Madrid. Pero esta misma demostración, limitada por el plantamiento de unos dirigentes que pensaban más en tácticas de "movimiento" antifranquista que en tópicos de "organización autónoma" de la clase obrera, señaló al comienzo de la decadencia de C.O., tal como habían sido concebidos hasta entonces.

Efectivamente, el régimen desencadenó una ofensiva generalizada (desmantelamiento de dirigentes, destitución de los enlaces y jefes más significados, despidos en masa de trabajadores, etc.) contra la cual C.O. no estaba en condiciones de defenderse. Para estabilizar el compromiso político de la Ley Orgánica y asegurar la crisis económica sin disminuir el ritmo de acumulación, el bloque dominante forzó la represión en todos los terrenos y se propuso, como objetivo fundamental, el desmantelamiento de C.O. La respuesta de éstos fue totalmente inadecuada, pues sin comprender el cambio de la situación siguieron practicando una línea de "movimiento" abierto, de cumbres, de manifestaciones que expuso todavía más a los obreros a los golpes de la represión, sin la contrapartida de una movilización seria de la clase obrera.

En 1967, tuvieron estallidos algunas grandes huelgas, como la de Iberia y las de Santander en Fefo de Gijón, que demuestran las enormes posibilidades de lucha de la clase obrera y sus asombrosas reservas de combatividad. Pero tras una acción realmente histórica que se prolongó durante meses, y en la hubo valientes muestras de solidaridad, la huelga fue reprimida por el Estado sin impresiones notables en el carácter reaccionario del movimiento obrero.

En el terreno económico, la represión se tradujo en una serie de medidas neofascistas que iban sucesivamente a cargar sobre los espaldas de los trabajadores al punto de la muerte. En manipularon las salarios, se restringieron las

créditos, se procedió a una nueva devaluación de la peseta (1967), se limitó el consumo de los masos populares, etc. Hubo ataques en masas y se hizo frecuente el espectáculo de largas filas de obreros que buscaban trabajo.

Con ello la burguesía quiso endosar todo tipo más la diferencia entre el aumento de la productividad y el aumento de los salarios. Entre 1964 y 1966, los años de mayor expansión, el índice de aumento total de la productividad había sido del 6'9% y el de los salarios solo del 4'6%. Esto solo basta para demostrar lo falso del argumento tradicional de que no se pueden aumentar los salarios sin aumentar la productividad del trabajo. En definitiva, la burguesía tomaba sus medidas para superar la crisis — restando los ritmos de acumulación y su efecto de multiplicador.

El P.C., interpretando mal los términos del compromiso de la Ley Orgánica, creyó ver en la oposición una profunda brecha entre los sectores "ultra" y "evolucionistas" del bloque socialista y pronosticó la victoria con estos últimos para llegar a los primeros. Era un exponente de la represión que, precisamente (como se volvería a demostrar con más rigor durante el debate de excepción), uno de los claves principales del compromiso: los partidos "evolucionistas" dejaban que los "ultras" llegaran al terreno para ofrecer en mejores condiciones la aceptación del aumento estatal a sus credenciales nascientes.

Políticamente esto se tradujo en la creación de una Coalición Civil que interclases que tenía que agrupar a todos los sectores antifranquistas bajo banderas democráticas-laborales. El movimiento de Coaliciones Obreras se integró tácticamente en el de Comisiones Obreras y esto pone — fueron éstas las intenciones — a resolverse de este. Los artículos más ya no "democráticos" y abierto de Comisiones Obreras y Comisiones Obreras permitieron la acción represiva del franquismo — que al contrario a lo anterior denuncia de dirigentes obreros, actuó por desarticular a C.O. en puntos tan importantes como Madrid. Fue entonces cuando surgió en algunas grandes empresas madrileñas, como Peugeot y Standard una oposición en el seno de C.O. que llegó incluso a organizar algunas acciones al margen de la dirección formal de C.O.

* La importancia de C.O. y la respuesta soviética del P.C. dejaron libres el espacio político para la conciencia de una serie de posiciones incisivistas que juntamente llenan dicho espacio con verbalismos y tóngendismos gratuitos.

A ello contribuyó, sin duda, la crisis del soviétismo comunista ruso, tal como se conocía tradicionalmente. La China Popular encabezó la lucha contra el revisionismo soviético y apretó nuevas sanciones que habían que elaborar teóricamente en función de una situación concreta. De golpe desaparecieron los viajes centrales de referencia y surgieron muchas corrientes contrarrefugio que basaban la solución en el "humanismo" marxista, en el "policentrismo", en el sociologismo vulgar, etc. Por su parte, la transposición norteamericana de la experiencia china a las conciencias de nuestro país dio nacimiento a los revisionistas — el (marxistas-leninistas) que por su dogmatismo acabaron convertidas en sectas insuperables sin proyección alguna en las masas (con la leve excepción de algunos grupos universitarios en Madrid).

En 1967, surgió en Barcelona el grupo "Únidad", accionado del Partido Socialista Unificado de Cataluña (sección catalana del P.C.). La iniciativa se justificó teóticamente con una fuerte crítica del revisionismo cervillista y con una afirmación radical de continuidad respecto a la línea anterior del P.C.

de la que, según "Unidad", Santiago Carrillo se había convocado. Los sindicalistas se proclamaron, pues, no ostentado, como el verdadero partido de la clase obrera.

Esta vanguardismo triunfalista, en el que se tecerizaban las propias limitaciones del grupo, evolucionó pronto hasta un ultracommunismo de factura trotskista. Consciente con su planteamiento inicial, al grupo se convirtió en Partido Comunista (Internacional). Una ulterior actividad, la del P.C. Intemperialista (o "Istos", como se le conocía corrientemente) nació de within al grupo, cuyas referencias al marxismo-leninismo y al neofascismo eran más retóricas y distinguidas de la práctica anticuada de los años. Si los "internacionales" ni los "istos" han hecho jamás un correcto análisis de la sociedad española; para ellos la principal es constituir el partido, pero al margen de la lucha de los sucesos, al margen de Comisiones Obreras. De ahí que hayan sido un uso práctica erróneo, vacuamente. Y sólo en la medida en que alguno de sus militantes no se marginan de la lucha de masas llegan a anticipar los problemas tácticos que plantea la lucha por la soberanía, contra el fascismo.

La crisis afectó también a la Organización Frente, que entretanto se fortalecía en terreno. En Cataluña, por ejemplo, el P.O.F. intentó apoderarse la Secretaría de Comisiones Obreras para desplazar al P.S.U., de la dirección de los mismos. Así llegó a conquistar la mayoría "parlamentaria" en algunas secciones de la local de Barcelona. Pero siquiera practicó el referéndum más absoluto y fue totalmente incapaz de preparar una lucha política de masas estatalista.

El P.C. internacional quiso suponer el "sindicalismo" reformista de C.G., con la creación de las llamadas Confederaciones Populares Revolucionarias (C.P.R.), concebidas como entidades de un contrapoder obrero y como fórcas dirigentes del proceso revolucionario (es decir, de la base del poder) del proletariado. Pero su efecto de organización insurreccional, las C.P.R., se confundían con las edades del propio P.C. (1) y se marginaron completamente de la lucha en los espacios.

Por su parte, los elementos más jóvenes del P.O.F. impulsaron las llamadas Comisiones Obreras Insurgentes (C.O.I.) que intentaron dar a la táctica general de C.G. una proyección agitadora a nivel general. Esta agitación se tradujo en formas de acción violenta, con enfrentamiento directo en las calles contra el aparato represivo. Pero esta agitación se hace sin ninguna preparación de masas, sin la más mínima formación política. Es una acción directa, alienante, que contenía en sí mismo el germen de su propia disolución, pues llevaba a los jóvenes conscienciar una táctica como la de C.G. que se basaba más en la movilización a nivel de "familia" que en la organización a nivel de "empresas". Las C.O.I., que sirvieron de plataforma a muchos jóvenes católicos salidos de la más ninfina formación política, se fundieron el mismo año de su aparición (1968), dejando el terreno libre para una evolución en tipo sindicalista y socialista.

El selecticismo del P.O.F., verdadero ejemplo de práctica socialdemócrata bajo una capa de marxismo izquierdista, nació en su nacimiento, hasta que estalló finalmente en verdes fracciones. Entre ellas cabe citar la del grupo sindicalista "Qué hacer", que es la principal representación en los grupos políticos y encarna el espíritu del economismo, y el grupo trotskista de la revista "Común" conocida también con el pintoresco nombre de "Trotita Roja", por el título de una de sus publicaciones.

En estas condiciones, puede decirse que a partir de 1968 se inició una

(D.J) *"Qué hacer?"*
Común (trotita roja)

nuevos tipos del movimiento obrero. La acción tuvo ritmos diferentes en las distintas zonas del país y no alcanzó una cierta apertura hasta 1960-70. En la mayoría de los casos se desarrolló al margen del aparato de C.O., en la medida en que subsistía, y de los pretendidos "vanguardias". En algunas partes, en cambio, el aparato de C.O. fue capaz de impulsar nuevamente la lucha. En todo caso el problema de la organización solvió o planteó con fuerza, y puede afirmarse que sólo allí donde se ha conseguido un cierto grado de organización la lucha ha alcanzado un nivel apreciable.

En Asturias, la formación del consorcio minero HUMASA (verdadera operación de socialización de mártires), como ha reconocido recientemente el director del I.N.I. Claudio Boada, al afirmar que todos los españoles deben cargar con el déficit de la economía; entre el comienzo de un movimiento huelguístico que, con intermitencias, se ha prolongado hasta hoy, llegando en algunos momentos a paralizar casi completamente la cuenca minera.

En Sevilla se iniciaron también una serie de movimientos huelguísticos (como el de HUMASA y el de "Construcciones Aeronáuticas") que se prolongaron al campo (la Rincónada) y que, desde entonces, se han reproducido con intermitencias hasta convertir la zona sevillana en uno de los puntos más avanzados del movimiento obrero español.

En Cataluña, las acciones se localizan sobre todo en el Bajo Llobregat y en el Vallés. En general, las más importantes o las más ricas en consecuencias políticas (como la de "Simebol", por ejemplo) se hicieron al margen de la línea oficial de la Local de C.O. Al mismo tiempo surgieron otros focos huelguísticos en diferentes partes del país, siendo un rasgo muy notable la transformación de antiguos centros agrarios como Pamplona y Valladolid, en nuevos centros industrializados con una clase obrera nueva y combativa.

El crecimiento de este movimiento obrero coincidió con la radicalización política de algunos sectores de la pequeña burguesía (manifestada, por ejemplo, en el caso de la actividad violenta de la E.T.A. en el País Vasco) exacerbados por la crisis económica y con la desorientación en que se hallaba sufrido el movimiento universitario, que permitió a algunos grupos izquierdistas intentar acciones de tipo violento (como el citado asalto de la Universidad de Barcelona en Agosto de 1969).

Frente a este convergencia de luchas, el bloque dominante comprendió que el compromiso de la Ley Orgánica poligraba y que era necesario reforzarla con un mayor grado de institucionalización. Para ello procedió frenar las luchas populares y asegurarse un margen más amplio de maniobra, conjugando algunas concesiones con un endurecimiento de la represión.

El Estado concedió, pues, la desregulación de salarios para 1969 (cuando de hecho se llevó a fijar el nuevo tipo de sueldo en un 5,5%) y, al mismo tiempo, el establecimiento de la Ley de Femicidio y Terrorismo, y la disolución del estadio de escaparate, primero en el País Vasco y después en toda España (enero de 1969).

La represión afectó a C.O. y precipitó la crisis de su aparato formal, así como la de los pretendidos vanguardistas obreros, solo no detuvo el crecimiento del movimiento obrero. Esto se desarrolló en torno a la reivindicación de las economías colectivas y desbordó (en algunas zonas ampliamente) los tipos salariales fijados por el Estado. Aunque la lucha obrera se desarrolló en la mayoría de los casos en modo asentadero, alcanzó sus máximas resultadas allí donde

existía una fuerte organización de C.G. más encocadas. Sobre todo el caso de A.E.C. de Torrelavega, donde los obreros consiguieron un 16% de aumento y el de la SIEMENS de Cornellá, donde obtuvieron un 14%.

Durante el segundo de ocupación la lucha obrera se desarrolló en Asturias y en el País Vasco (Altos Hornos, Babcock Wilcox, Naval, Irabagazo, Detherlin) y más tarde, en algunos sitios, a la operación de formas conocidas de organización autónoma de los clanes obreros, como las "Comités de Encocadas", que prefiguraron el comienzo de la reconstrucción efectiva de las condiciones obreras.

En el verano de 1969, tras el estago de ocupación, el bloque dominante consiguió suficientemente despejado el terreno como para adentrar un poco más en el proceso de consolidación del corporativismo de la Ley Orgánica (así hay que entender la designación de José Carlos como sucesor de Franco en julio de 1969).

Pero el hecho es que los buelos obreros continúan y de que poco a poco aparecen nuevos sectores de reconstrucción de C.G. y de formación de vanguardias políticas más sólidas, sobre todo la inquietud del bloque dominante y de hace más potente la gravedad del ejercicio vicioso en que se movía y basado en relación con la�eira actal de su Estado. Las divisiones entre Falange y el Opus Dei y la subida al poder de este como partido rural desde finales de 1969 muestran que el bloque dominante quiere romper dicho ejercicio vicioso con compras y rotollos de fortuna por temor a las consecuencias incalculables de una operación más dura.

Hoy, el movimiento obrero se encuentra en una fase de expansión y radicalización. La reconstrucción de C.G. se hace a partir de los sujetos militantes comunistas enfrentados con el revisionismo y el pragmatismo, sobre todo en torno de una lucha en los espacios cuyos puntos más salientes son Asturias, Guipúzcoa, Irabagazo, ENASA, la Enquistita, Phillips, Astill, Astur, los viticultores y los trabajadores de la construcción de Sevilla y Granada, el Puerto del Águila de Barcelona, la A.E.C. de Torrelavega, la Banca en todo el país, los transportes públicos de Sevilla, Palma de Mallorca, Bilbao y Madrid (el Metro), los obreros de la construcción de Madrid, Sevilla, Torrelavega, etc.

La fusión del movimiento obrero con el movimiento popular en los barrios no dada, por su parte, ejemplos de buelos tan elevados como el de Escorial. Pero con éste y como el de Granada revelan no sólo las potencialidades del movimiento obrero y popular sino también la limitación del régimen de mandibra del Estado que, por su rigidez, convierte la reivindicación económica en inmediatamente política y centra su propia defensa respecto a las necesidades del bloque dominante.

b) Inestabilidad política e ideologías de la pequeña burguesía y los nuevos espacios rurales

La crisis de 1966-67, la aceleración del proceso de acumulación monopolista y de integración en el capitalismo internacional, y la nueva explosión demográfica del movimiento obrero han aumentado la inestabilidad política e ideológica de estos sectores intermedios.

La pequeña burguesía tradicional se vio seriamente afectada por la crisis y por la aceleración de la acumulación monopolista, pero no supo encontrar ninguna salida política a la situación. Mientras en el País Vasco esto se tradujo en una representación de los sectores más violentos por parte de la E.T.A., en

Cataluña presentaba el acento más nacionallista de comienzos de la década del sesenta.

En efecto, el nacionallismo se reveló totalmente incapaz de dar una perspectiva coherente a la pequeña burguesía e incluso retrocedió en la lucha con el tecnoeatrismo europeísta por la conquista de las nuevas capas medias urbanas. El impulso cultural catalán expuso a resquebrajarse, muchos protagonistas de la Nova Cançó se refugiaron en actitudes conservadoras o escapistas y en la literatura aparecieron claras rupturas con el ilusorio comunidorismo anterior. Pero estas rupturas no se tradujeron tampoco en una alternativa válida, porque no se proyectaban sobre ningún sector social concreto. De ahí las metitudes idealistas, al elitismo, al falso universalismo y, en definitiva, al espíritu de clan siendo que caracteriza desde entonces a una buena parte de la producción cultural catalana, sin otra contrapartida que la insistencia en una cultura localista y resistencialista de pocas vueltas, por parte de los intelectuales tradicionales.

La crisis del nacionallismo agudizó la desorientación de las nuevas capas medias urbanas que no encontraban ningún elemento político o ideológico coherente.

Aquí es, por otra parte, donde se hizo más patente el desfase entre los procedimientos políticos del bloco dominante y la rigidez del Estado franquista. En efecto, éste último actuó tanto en función de los esquemas del primer periodo de acumulación de los años cincuenta, que apoyan sobre todo la difusión de las nuevas valores tecnoeíticos y desarrollistas del bloco dominante. La Escuela, la Universidad, la Iglesia, el sindicato vertical son otros tantos espacios ideológicos que por su rigidez y tal funcionamiento impiden al bloco dominante cimentar una alianza sólida con las clases medias urbanas.

Por ejemplo, al centralismo o tiranía y la ideología nacionallista -irriguiciista que todavía cultivan los agentes del Estado impiden al bloco dominante neutralizar al nacionallismo pacifista y recuperar su base social.

En la medida que la pequeña burguesía y las nuevas capas medias urbanas se debaten en su propia instabilidad social e ideológica, en que su alianza con el bloco dominante se dificulta por la rigidez del propio Estado, y en que el movimiento obrero no es capaz de ofrecer una perspectiva revolucionaria global y coherente, estos sectores intermedios no encuentran otra salida, a corto plazo, que un nacionallismo exacerbado y violento, minoritario en general pero muy activo. La importancia político-estatalista de este nacionallismo es que dificulta todavía más la cimentación de la alianza del Bloque dominante con las clases medias urbanas y mantén la contradicción entre el bloco dominante y su Estado. Pero si este nacionallismo resulta incapaz (y es lo más probable) de dar a su radicalismo una solidaridad a largo plazo (y sólo puede hacerlo en la medida que deja de ser nacionallista y obrero, es decir, en la medida que deja de ser una opción intervictoria), acabará produciendo el efecto contrario: las nuevas capas medias urbanas no lo seguirán en su radicalización y quedarán disponibles para su tentación política e ideológica por el bloco dominante, en la medida en que éste agilice su Estado y sus canales de comunicación con él.

De ahí la enorme importancia política que un justo enfoque de los problemas nacionales tiene para el movimiento obrero en la batalla por la aplicación del marxismo popular y por la ruptura de las alianzas del bloco dominante.

2) Evaluación de la Iglesia hacia el desarrollismo

Por su parte, la Iglesia ha dado pocas señales para inconvenientes en el sentido que se habla apuntado. El Vaticano ha mostrado algunos distanciamientos respecto al Estado franquista, aunque sin llegar al distanciamiento a un punto de excesiva tensión. Dentro de la jerarquía superior se han insertado hombres más dóciles, como el nuevo arzobispo de Toledo, Vicente Tornos, e incluso otras veces identificados con la difusión de los nuevos valores desarrollistas como los obispos Amurrio y Cirerda. Pero la jerarquía tradicional sigue ofreciendo una seria resistencia. En lo medida en que este último es un factor de innovación agrava las tensiones en el seno de la Iglesia, radicaliza a sus cuadros inferiores y medios y a una buena parte de los fieles. Pero esta radicalización no es todavía uniforme y ofrece muchos elementos de confusión.

Hasta ahora, lo más claro es, al respecto, la convergencia de este radicalización con la política del revisionismo en el movimiento obrero. La ayuda prestada por ciertos sectores eclesiásticos al movimiento obrero y al movimiento universitario es clara, generalmente, en un pleno de transformación desarrollista-liberal del país. Las posturas más radicales se han confundido, en el mejor de los casos, con la excepción del nacionalismo paupérrimo burgués, como en el País Vasco y Cataluña.

En general, la confrontación en el seno de la Iglesia española no va sólo allí, salvo en algunos casos particulares, tanto más notables cuando que nacidos, de dicha perspectiva desarrollista-liberal, que la que mejor puede adaptar el espíritu de la Iglesia a las nuevas exigencias del bloco dominante, pues la radicalización no modifica apenas las estructuras jerárquicas de la Iglesia y da, con ello, al barroco límite para que una jerarquía más débil recuperar todo los laicizaciones.

Por otro lado, en la medida en que este desarrollo desarrollista-liberal chocó con la rigidez del Estado franquista — cosa ha ocurrido últimamente en Granada — puede suponer sus ambigüedades y vincularse más estrechamente al movimiento obrero revolucionario. Pero también puede llevarlo a sectores extremistas que la nublen todavía más de duda y facilites, a lo largo, su propia supervivencia por la jerarquía.

3. La Iglesia de los comunistas en la actualidad

El análisis de los treinta años de lucha de clases bajo el franquismo ha mostrado la tarea que los comunistas realizaron en el curso de la misma. En un primer momento y tras la sistémica y despiadada destrucción y enriquecimiento de las organizaciones políticas y de bases del movimiento obrero y popular, la prioridad era la reconstrucción inmediata sobre bases revolucionarias y de movilización mínima. Históricas, la lucha política adquirió un objetivo de lucha antifranquista puesto que posee un carácter obviamente revolucionario de lucha contra el Estado, que facilita los intrusismos políticos-organizativos y de posesión que se proponen simplemente extirpar el movimiento obrero. Y en eso el franquismo no ha sobrepasado sus posiciones; hoy como ayer el régimen se resiste, sin más, destruir el movimiento obrero y popular.

En cada lucha particularizada han intervenido los grupos militantes co-

nunistas y ha sido siempre precondición por la dirección del PCE-PSOE, sin embargo en su planteamiento han surgido incorrectas apreciaciones sobre el carácter del franquismo y desvinculaciones realiazistas en cuenta a los objetivos de trabajo, formas de lucha y carácter de las contradicciones en el seno del bloque continente. Esto reaviva continuamente sobre el movimiento obrero y popular dejándole sin la debida preparación ante la iniciativa política de la oligarquía. Por otra parte, esta falsa apreciación del enfoque de clase del país se ha traducido en una incapacidad política para dirigir correctamente la lucha de la clase obrera y del pueblo contra el franquismo y por la revolución popular.

En base a esta incapacidad y a que en estos momentos el PCE-PSOE no ofrece ninguna garantía para asegurar la organización de las bases y bases con la autonomía política e ideológica de la clase obrera, todos los comunistas hemos de combatié por la reconstrucción del movimiento comunista en España y por construir nuevamente al partido comunista.

Si bien esta tarea es ahora fundamental y primordial, el movimiento comunista no debe despreciar el trabajo de raíz, único que puede garantizar una justa reconstrucción de la organización comunista. En estos momentos estamos reafirmando en todo el país — en sus frentes de lucha principales — a una verdadera reconstrucción del movimiento obrero sobre bases políticamente correctas: creación de organizaciones de bases para la lucha, construidas a partir de la esperanza a fábrica, que se movilizan por reivindicaciones inmediatas y que participan en la lucha política de raíz por unas libertades democráticas elementales, en la medida que su propia organización —la comisión— no posee el más elemental derecho de asociación y de reunión. Por eso se impone, ahora más que nunca, reconstruir la organización de los comunistas. De modo que los militantes comunistas dirijan al trabajo de raíz a impulsar sus organizaciones, ya necesario además poseer un partido comunista para dirigir las acciones en las bases en su lucha antifranquista y por la revolución democrática-popular.

Los comunistas no oponen la lucha antifranquista a la lucha por la revolución democrática-popular sino que consideran la primera indispensable para alcanzar la segunda. En la lucha antifranquista lo que se debate es la conquista de las libertades democráticas más elementales y en el transcurso de esta lucha, la clase obrera y sus aliados —los masas populares— construyen sus propias organizaciones al tiempo que avanza en la lucha ideológica. En la lucha por la libertad y la democracia se forjan y se consolidan las organizaciones del movimiento obrero y popular, y sólo en este sentido los comunistas creemos —sin luchar un claro antifranquismo revolucionario, puesto que es fundamental para extender y expandir la lucha de clases en España. Hoy, en la lucha antifranquista está expuesta toda el pueblo, todas las clases populares a los que el franquismo basa, económica y políticamente, los comunistas comprenden que de lo que contra el franquismo depende, en definitiva, la reconstrucción del movimiento comunista y, muy especialmente, la reconstrucción del nuevo partido comunista que se abre de nuevo más urgente con lo que nos enfrentamos.

Los comunistas luchamos por consolidar las organizaciones de bases de la clase obrera (CCOO), las organizaciones de barrio, las organizaciones del movimiento popular y por consolidar nuestra propia orientación sobre las bases del PCE, defendiendo si franquismo o imperialista revolución popular. Porque si bien la lucha antifranquista no es más que el paso de la consolidación misma más bien el primer paso hacia la república popular, para lo que impone avanzar a la consolidación en un «Sí» la soberanía de su Estado —objetivo que

en y por tanto contradicido en primer plano para todo militante revolucionario, sino la del oligarquismo dominante de los Pueblos de clases que dirigen y dominan la formación social capitalista. En lo sentido destrucción del Estado fundamentalmente sólo interesa interesado en el ego-motor y al mejoramiento popular, siendo ésta la única que tiene perteneciente a las fuerzas fascistas del Estado; pero lo que genera al cuestionar de la revuelta constitucionalista es el descontento de la vieja formación social y en pleno justificando su Estado, la lucha antifascista es libertad, paz, libertad de la vida familiarizada por la responsabilidad popular.

El carácter de esta revolución es una exigencia de las condiciones en que se ha desarrollado la lucha de clases en nuestro país entre 30 años de franquismo. Luchar al fin de las fuerzas productivas moderna la guerra social y la reivindicación de los principales industriales. Hacer a uno una serie de reivindicaciones que favorezcan las aspiraciones del pueblo o librar la lucha de las propias de la revolución democrática-burguesa, son tareas que el proletariado contemporáneo de la oligarquía financiero-monopolista, es incapaz de realizar por su propia conciencia de clase y correlación de fuerza. Eso quedaría darle que la base de la revolución democrática-popular se hayan perdido con el proletariado y el movimiento popular son las aspiraciones de dirigir el proceso revolucionario e instaurar una dictadura democrática-popular y que, por lo tanto, la burguesía en bloque ha perdido su papel revolucionario e histórico en España. Hay en ello, las bases de la revolución es unido tratada por el proletariado, incluso en su faz democrática-burguesa.

Añadir, la revolución democrática-popular no es más que la revolución realizada por la revolución socialista y por la constitución del socialismo en España, sin una planificación sistemática. Dicho sea de paso, la burguesía y la lucha por el socialismo en Europa pasa por Irlanda, para llevar a este sus terrenos revolucionarios la clase obrera y la clase popular, modernizar un Estado proletario. Estado democrático-popular, la república.